

Cuadernos del Sur

Sociedad • Economía • Política

Número 3



Julio-Septiembre de 1985

Tierra  fuego
del

Los intelectuales y la clase obrera

Erik Olin Wright

Los intelectuales han tenido casi siempre un estatuto ambiguo tanto en cuanto actores en la historia del marxismo como en cuanto categorías en el seno de la teoría marxista. Por una parte, la contribución de los intelectuales a los movimientos sociales es innegable: como teóricos, polemistas, dirigentes revolucionarios. Los avances más importantes de la teoría revolucionaria han sido realizados por hombres y mujeres de considerable educación, que dedicaron gran parte de su tiempo a actividades intelectuales. Si bien resulta indiscutiblemente cierto que sus ideas fueron alimentadas por el contacto con las masas, especialmente en el transcurso de luchas sociales, es igualmente cierto, no obstante, que las más importantes aportaciones a la teoría revolucionaria no fueron hechas por proletarios o campesinos. Fueron hechas por intelectuales, y el desarrollo sistemático de la teoría revolucionaria es imposible de imaginar sin su contribución.

Por una parte, el hecho mismo de que la mayor parte de los intelectuales no pertenezcan de forma inequívoca a la clase obrera ha tenido como resultado que siempre hayan sido vistos con cierta sospecha en el seno de los movimientos revolucionarios. Aunque como individuos los intelectuales puedan estar totalmente comprometidos en un proyecto revolucionario, como categoría social los intelectuales ocupan posiciones privilegiadas en el seno de las relaciones ideológicas burguesas, y a menudo también ocupan posiciones de privilegio en el seno de las relaciones económicas burguesas. La designación común por los marxistas de los intelectuales como “pequeñoburgueses” refleja la realidad de estos privilegios. El resultado es que, si bien los intelectuales como individuos han resultado indispensables para los movimientos revolucionarios, los intelectuales como categoría social han interpretado un papel a menudo ambiguo en la lucha de la clase obrera por el socialismo.

Este ensayo intentará explorar la relación de los intelectuales con la clase trabajadora y la lucha de clases. La discusión se centrará sobre dos preguntas: 1, *¿cuál es la posición de los intelectuales en el*

seno de la estructura de clase de las sociedades capitalistas avanzadas?; 2, *¿cuáles son las consecuencias de esta posición de clase para el papel de los intelectuales en el seno de la lucha por el socialismo?*

La primera parte se centrará fundamentalmente en la primera de estas preguntas. Tras examinar brevemente las principales formas distintas en las que los marxistas han intentado comprender la posición de clase de los intelectuales, propondré el punto de vista de que los intelectuales han de ser vistos como situados en una posición compleja y contradictoria en el seno de las relaciones de clase. La premisa de la discusión es que para analizar el papel de los intelectuales en las luchas sociales es necesario partir de un planteamiento provisional de su posición objetiva en el seno de las relaciones de clase. La segunda parte del artículo intentará ligar el análisis de la posición de clase de los intelectuales con una discusión acerca de su papel como mediadores de la relación entre la teoría y la práctica socialista. Se prestará particular atención a la situación contradictoria de los intelectuales marxistas en el seno de la universidad burguesa, aunque el análisis resultará relevante también para otras categorías de intelectuales.

I. LA POSICION DE CLASE DE LOS INTELECTUALES¹

Antes de continuar es necesario definir con mayor precisión cómo pretendo utilizar la expresión “intelectual” a lo largo de toda esta discusión. El término “intelectual” tiene tres significados interconectados: en primer lugar, “intelectual” designa *una característica general de toda actividad humana*, ya que toda actividad supone de una u otra forma la utilización del intelecto, de la mente. Toda actividad, no importa lo rutinizada que pueda estar, comprende ciertos procesos mentales. En segundo lugar, “intelectual” designa *una forma especial de actividad laboriosa*; actividad que de una forma u otra está relacionada con la elaboración y la difusión de ideas (y no con el simple uso de las ideas). En tercer lugar, “intelectual” designa

¹ Esta primera parte aparecerá bajo el título «Intellectuals and the class structure of capitalist society» en Pat Walker, comp., *Between capital and labor*, Boston, South End Press, 1978. Originalmente fue presentada, en una versión más breve, en la V Conferencia Anual de Ciencias Sociales de la Costa Oeste, en Nevada City, California, en mayo de 1977.

una *categoría de personas*: personas cuya actividad fundamental es la elaboración y difusión de ideas.²

Una de las características centrales de la división del trabajo en la sociedad capitalista es la tendencia a que los intelectuales como categoría de personas reemplacen a la intelectualidad como tipo de actividad laboriosa. Esto se expresa habitualmente por la tendencia a la separación progresiva del trabajo mental y el trabajo manual en el seno de la sociedad capitalista; esto es, a una separación progresiva de las actividades de planificación, diseño, organización, conceptualización respecto a las actividades de ejecución, producción, transformación directa de la naturaleza. En lugar de convertirse la elaboración y difusión de ideas en parte de la actividad laboral de todas las personas, van quedando tendencialmente restringidas a una categoría específica de personas: los intelectuales.

El análisis de las páginas siguientes se centrará en la tercera utilización del concepto de intelectual: los intelectuales como categoría social. El objetivo básico, por tanto, será desentrañar la posición de clase de los individuos cuya actividad o función primordial es la elaboración y difusión de ideas.

En el seno de la teoría marxista existen al menos cinco amplias líneas de interpretación acerca de la posición de clase de los intelectuales. 1, todos los intelectuales que son asalariados pertenecen a la clase obrera; 2, los intelectuales pueden dividirse en tres categorías: aquellos que están ligados a la burguesía y aquellos que están ligados a las clases precapitalistas; 3, los intelectuales constituyen un segmento de la pequeña burguesía, a veces llamado “nueva” pequeña burguesía; 4, los intelectuales entran en gran parte en la “clase de los profesionales y directivos”, que es una clase aparte, separada tanto de la clase obrera como de la pequeña burguesía; 5, los intelectuales deberían ser considerados como situados en posiciones contradictorias en el seno de las relaciones de clase a nivel económico e ideológico. Yo argumentaré que cada una de estas interpretaciones cubre parte de la realidad de los intelectuales en la sociedad capitalista,

² Gramsci distinguió entre los dos primeros tipos de intelectuales y el tercero al decir que «todos los hombres son intelectuales; pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales». *Selections from the Prison Notebooks*, comp. por Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith, Nueva York, International Publishers, 1971, p. 9 [*Antología*, Madrid, Siglo XXI, 1974, p. 391]. La «función de los intelectuales» se refiere a la tercera de estas definiciones: personas cuya actividad fundamental es la elaboración y difusión de ideas.

pero que la quinta interpretación suministra la base más amplia para una comprensión rigurosa de los intelectuales.

1. *Todos los intelectuales son obreros.* En esta interpretación, el criterio definitorio esencial para la clase obrera es el trabajo asalariado. Los obreros son definidos como aquellas personas que no poseen sus propios medios de producción, que carecen de propiedad y que, por tanto, deben buscar empleo por parte del capital o el Estado para poder vivir. Al margen de las actividades concretas que lleven a cabo una vez que están empleados, todos aquellos que no tienen nada que vender excepto su fuerza de trabajo son obreros. En esta perspectiva, si bien los intelectuales pueden constituir un estrato privilegiado de la clase obrera en términos de ingresos, estatus, seguridad en el trabajo y otros privilegios, en términos de relaciones fundamentales de clase ocupan la misma posición que los asalariados industriales.³

Existe una cierta cualidad atractiva en esta visión polarizada de la estructura de clases de las sociedades capitalistas y en el tratamiento de los intelectuales como obreros. Lo que capta es la tendencia inmanente en el capitalismo hacia la polarización. La dinámica fundamental del modo de producción capitalista está enraizada en la relación polarizada del trabajo con el capital, y a un elevado nivel de abstracción se pueden ver todas las posiciones de clase en las sociedades capitalistas como tendencialmente atraídas hacia una posición polar u otra. Pero como visión histórica del carácter de clase de los intelectuales asalariados, el punto de vista de que los intelectuales están firmemente insertos en las filas del proletariado resulta inadecuado por muchas razones. Tal vez la cuestión más importante en el contexto actual sea el supuesto de que la compleja relación entre el capital y el trabajo pueda ser captada por una única dimensión, un único criterio: la compraventa de la fuerza de trabajo. La relación entre el capital y el trabajo está determinada fundamentalmente por lo que los marxistas llaman las relaciones sociales de producción, y la compraventa de la fuerza de trabajo constituye tan sólo un aspecto —si bien un aspecto importante— de estas relaciones. Otras dos dimensiones de las relaciones sociales de producción resultan especialmente importantes: las relaciones sociales de control sobre el

³ Una defensa reciente de esta posición puede encontrarse en un artículo de Francesca Freedman, "The internal structure of the American Working class", *Socialist Revolution*, 26, 1975.

trabajo de otros en el seno del proceso de trabajo, y las relaciones sociales de control sobre el propio trabajo en el seno del proceso de trabajo. Si las relaciones sociales de producción representan una compleja combinación de varias dimensiones de relaciones sociales, entonces los obreros no pueden ser definidos simplemente como asalariados, sino como asalariados que además no controlan el trabajo de otros en el seno de la producción y no controlan la utilización de su propia fuerza de trabajo en el seno del proceso de trabajo. En estos términos, muchos intelectuales quedarían excluidos de la clase obrera, aunque vendan su fuerza de trabajo como mercancía.

2. *Los intelectuales pertenecen a varias clases diferentes.* Esta postura está íntimamente asociada con la obra de Antonio Gramsci⁴. Gramsci identifica tres categorías de intelectuales: aquellos que son intelectuales orgánicos de la clase obrera, aquellos que son intelectuales orgánicos de la burguesía y aquellos a los que él llama "intelectuales tradicionales", intelectuales típicamente orgánicos de la aristocracia feudal. Más que considerar que en cuanto categoría global los "intelectuales" poseen una unidad de clase genuina, como parte de la clase obrera o de alguna otra clase, Gramsci identifica el carácter de clase de los intelectuales con la función específica que tienen en la lucha de clases. Aquellos intelectuales que contribuyen a la hegemonía de la ideología burguesa comprenden el estrato intelectual de la clase burguesa; aquellos intelectuales que combaten la ideología burguesa y contribuyen a la contrahegemonía del proletariado forman parte de la clase obrera, y aquellos intelectuales que encarnan a una nostálgica cultura precapitalista que refleja la visión del mundo de la aristocracia feudal constituyen el estrato tradicional de los intelectuales. En el transcurso del desarrollo capitalista, los de esta última categoría tienden a ser absorbidos por el sistema capitalista como intelectuales orgánicos de la burguesía, y así existe una tendencia general a la polarización en dos campos.

La concepción de los intelectuales de Gramsci tiene el considerable mérito de subrayar la naturaleza dinámica y no estática de las relaciones de clase: la posición de clase debe ser siempre conceptualizada en términos de la lucha de clases, no simplemente en términos de una estructura de posiciones. No obstante, tiene una serie

⁴ Véase en particular el importante ensayo de Gramsci "On intellectuals" en *Selections from the Prison Notebooks*, *op. cit.* ["La formación de los intelectuales" en Antología, *op. cit.*]

de importantes limitaciones. En particular, al argumentar que todos los intelectuales cuya actividad reproduce la hegemonía de la burguesía pertenecen a la propia clase burguesa, Gramsci tiende a minimizar el antagonismo objetivo entre muchos de estos intelectuales y la burguesía. Mientras que puede ser cierto, por ejemplo, que los enseñantes contribuyen a la hegemonía ideológica de la burguesía, es también cierto que muchas categorías de enseñantes se ven oprimidas de diversas formas por la burguesía. Algunos enseñantes, de hecho, son explotados por el capital en el sentido técnico de que producen plusvalor.⁵ Así, si bien los enseñantes pueden ser *funcionalmente* intelectuales orgánicos de la burguesía, *estructuralmente* en general no pertenecen a la clase burguesa.

Esta combinación de definiciones funcionales y estructurales tiende a oscurecer las relaciones sociales concretas en el seno de las cuales se realiza el trabajo intelectual. Una cosa es argumentar, por ejemplo, que el director de una cadena de noticias o de una universidad forma parte de la clase burguesa, y otra argumentar que los redactores y los enseñantes forman parte de la burguesía. Resulta de una importancia fundamental distinguir entre aquellos intelectuales que controlan el aparato de producción de ideas (ideología) y aquellos que meramente trabajan en estos aparatos. Una vez hecha esta distinción, resulta posible hablar de la proletarización del trabajo intelectual, de la pérdida progresiva de todo control sobre las condiciones inmediatas de su trabajo por los trabajadores asalariados intelectuales. Y esto a su vez hace posible hablar de la creciente base *estructural* para la unidad de clase entre ciertas categorías de intelectuales y la clase obrera, aunque en términos funcionales puedan seguir siendo “intelectuales orgánicos de la burguesía”.⁶

⁵ Marx señala este punto en un famoso pasaje de *El capital* en el que compara a los maestros con los trabajadores de una fábrica de embutidos: «un maestro de escuela, por ejemplo, es un trabajador productivo cuando, además de cultivar las cabezas infantiles, se mata trabajando para enriquecer al empresario. Que este último haya invertido su capital en una fábrica de enseñanza en vez de hacerlo en una fábrica de embutidos no altera en nada la relación”. *Capital*, vol. 1, Londres Penguin/NLR. 1976, p. 644 [*El capital*, Madrid, Siglo XXI, 1975-1979, libro 1. p. 616].

Tales maestros podrían funcionar aún como intelectuales orgánicos de la burguesía a pesar de estar explotados directamente por el capital. Esto ilumina la diferencia entre el análisis de la estructura de las relaciones de clase y los papeles funcionales en la lucha de clases. La complejidad del análisis de clase del trabajo intelectual, como veremos al discutir las posiciones de clase contradictorias, proviene precisamente de la disparidad entre posición estructural y su posición funcional dentro de las relaciones de clase.

⁶ Este punto se ampliará más adelante al discutir las posiciones contradictorias en el seno de las relaciones de clase.

Con esto no pretendemos rechazar el valor de las percepciones de Gramsci acerca del papel de los intelectuales en el seno de la lucha de clases, y en particular su insistencia en la importancia de los intelectuales orgánicos de la clase obrera para cualquier movimiento revolucionario. La cuestión es que tal análisis de las relaciones funcionales de los intelectuales con la lucha de clases no puede sustituir a un descifrado crítico del carácter objetivo de clase de las posiciones estructurales determinadas ocupadas por los intelectuales.

3. *Los intelectuales forman parte de la pequeña burguesía.* La insatisfacción con el punto de vista de la polarización simple de la lucha de clases ha llevado a muchos marxistas a tratar a los intelectuales como un segmento de la pequeña burguesía. Para distinguirlos de la pequeña burguesía tradicional de los tenderos y artesanos, la pequeña burguesía intelectual ha sido, a menudo, considerada parte de la “nueva pequeña burguesía”. Uno de los autores que más sistemáticamente abogan por esta posición actualmente es Nicos Poulantzas especialmente en su libro *Las clases sociales en el capitalismo actual* [Madrid, Siglo XXI, 1977].

El punto de vista de que los intelectuales constituyen una nueva pequeña burguesía se apoya en dos afirmaciones complementarias; primero, que los intelectuales no pueden ser considerados como parte de la clase obrera; y segundo, que comparten una similitud fundamental en cuanto a su posición de clase con la pequeña burguesía tradicional.

Para apoyar la primera afirmación se utilizan una serie de argumentos; aparte de descartar el trabajo asalariado como criterio único para definir al proletariado, Poulantzas y otros han argumentado que los intelectuales deberían ser excluidos de la clase obrera debido a que son generalmente trabajadores improductivos⁷ y que no realizan trabajo manual. Mientras que estoy de acuerdo con Poulantzas en que los intelectuales (o al menos la mayor parte de los intelectuales) no son parte integrante de la clase obrera, no estoy de

⁷ Se habla aquí de trabajo improductivo en el sentido técnico marxista de trabajo que no produce plusvalor. Esto incluiría el trabajo de los empleados de banca, la mayor parte de los vendedores, burócratas de la administración, etc. Decir que el trabajo es improductivo en este sentido no quiere decir que no sea útil, sino simplemente que no produce nuevo valor (plusvalor) para el capital. Para una discusión más elaborada del trabajo improductivo véase James O'Connor, “Productive and unproductive labor” *Politics and Society*, vol. 5, 3, 1975.

acuerdo con los argumentos que utiliza para defender esta tesis.⁸ Examinemos cada uno de estos argumentos por separado.

Para hacer la afirmación de que el trabajo improductivo corresponde globalmente a una clase diferente que el trabajo productivo es necesario establecer que esta división corresponde a una división de intereses de clase *fundamentales*.⁹ El método esencial para valorar tales divisiones de los intereses fundamentales de clase es descifrar rigurosamente las relaciones sociales de producción y analizar las posiciones de categorías específicas de trabajadores en el seno, de esas relaciones. Las categorías de trabajadores que ocupan posiciones similares en el seno de las relaciones sociales de producción comparten, a nivel económico, los mismos intereses fundamentales de clase. En estos términos es muy difícil mantener que el trabajo improductivo ocupa una posición tajantemente diferente en el seno de las relaciones de producción respecto al trabajo productivo: como los trabajadores productivos, muchos trabajadores improductivos carecen por completo de control sobre sus procesos de trabajo, están completamente subordinados al capital, carecen de capacidad para controlar el trabajo de otros, etc. Ahora bien, puede ser cierto que la mayor parte de los intelectuales no entran dentro de la clase trabajadora, en estas dimensiones de las relaciones sociales (de hecho esto es lo que argumentaré al hablar de las posiciones contradictorias), pero es a causa de su posición en estas dimensiones y no por su estatus como trabajadores improductivos *per se* por lo que deben ser considerados como exteriores a la clase trabajadora.

El otro argumento de Poulantzas para excluir a los intelectuales de la clase obrera, el hecho de que son trabajadores mentales, resulta

⁸ Para una exposición y una crítica mucho más detalladas del análisis de las clases de Poulantzas, véase Erik Olin Wright, "Class boundaries in advanced capitalist societies", *New Left Review*, 98, 1976. Este ensayo ha sido revisado sustancialmente y publicado como capítulo 2 de mi *Class, crisis and the State*, Londres, NLB, 1978 [trad. española: Madrid, Siglo XXI].

⁹ Los intereses *fundamentales*, deben ser contrastados con los intereses *inmediatos*. Los intereses inmediatos son intereses definidos estrictamente en el marco de un modo de producción determinado. Son intereses que aceptan como un hecho el modo de producción. En el seno de la clase obrera, tales intereses inmediatos vienen definidos principalmente en términos de relaciones de mercado. Por otra parte, los intereses fundamentales son intereses definidos al nivel del modo de producción. Son intereses que ponen en tela de juicio el propio modo de producción, planeado la elección entre relaciones sociales de producción alternativas. Decir que las divisiones de clase básicas vienen definidas por los intereses fundamentales implica que las clases se ven definidas en última instancia por sus intereses en diferentes modos de producción, diferentes tipos de relaciones sociales.

más complejo. Para Poulantzas, la división entre el trabajo intelectual y el manual constituye la relación básica de dominación subordinación ideológica en la sociedad capitalista (es decir, el trabajo manual está subordinado al intelectual a nivel ideológico). Dado que las clases han de ser definidas tanto a nivel ideológico como a nivel económico, se sigue de ello, insiste Poulantzas, que dado que el trabajador intelectual domina al manual a nivel ideológico no puede formar parte de la clase obrera. Dado que los intelectuales son una categoría de los trabajadores mentales, también se sigue que los intelectuales no pertenecen a la clase obrera.

Si bien es posible que Poulantzas fuerce un tanto su análisis —argumentando que incluso las secretarías y los vendedores rutinizados son trabajadores mentales, y por tanto dominan ideológicamente a la clase obrera—, no obstante la línea central de su argumento me parece sustancialmente correcta. Yo sólo modificaría su posición en un aspecto importante: no es suficiente ser simplemente un trabajador intelectual para dominar a la clase obrera (incluso a nivel ideológico). Es también necesario ocupar una posición de dominio en el seno de los aparatos ideológicos. Un trabajador mental (tal como una secretaria) que carece de control sobre el proceso de producción ideológica no domina ideológicamente a la clase obrera. En estos términos, la mayor parte de los intelectuales —personas que se ocupan de la elaboración y la difusión de ideas— tendrían una cierta medida de control sobre la producción de ideología, y por tanto ocuparían una posición de dominación ideológica con respecto a la clase obrera. Este punto será desarrollado más exhaustivamente en la discusión de las posiciones contradictorias en el seno de las relaciones de clase, más adelante.

Resulta insuficiente, por supuesto, establecer simplemente que los intelectuales no forman parte de la clase obrera; resulta igualmente importante comprender a qué clase pertenecen. Se han utilizado dos tipos de razonamiento para apoyar la afirmación de que los intelectuales comparten una posición común de clase con la pequeña burguesía. En primer lugar, como argumentaban Judah Hill, se puede considerar que ciertas categorías de intelectuales —especialmente los profesionales— “poseen” sus propios medios de producción incluso cuando están empleados por el capital. Es decir, tales intelectuales poseen unas intangibles habilidades intelectuales (especialmente cuando tales habilidades vienen certificadas por títulos y diplomas), y dado que estas habilidades constituyen los “medios de producción” clave de los intelectuales, éstos deberían ser

considerados como propietarios exactamente igual que la pequeña burguesía tradicional.¹⁰

La dificultad básica de esta posición es que confunde un análisis de clase en términos de relaciones de mercado con una definición de las clases a nivel de las relaciones de producción. Mientras que es cierto, como argumentaba Weber hace sesenta años, que los intelectuales poseen ciertas habilidades especiales que les ofrecen algunas ventajas en el mercado, no tienen por qué tener necesariamente control sobre la *utilización* de esas habilidades intelectuales en el seno de la producción. Excepto en el caso de los profesionales liberales, la mayor parte de los intelectuales ceden un grado considerable de control sobre el uso de sus “medios de producción” intelectuales al aceptar un empleo del capital o el Estado. Por tanto, para mantener que ciertas categorías de asalariados intelectuales “poseen” genuinamente sus propios medios de producción es necesario examinar sistemáticamente el proceso de trabajo al que se incorporan como trabajadores intelectuales y ver hasta qué punto conservan de hecho la dirección de su producción intelectual. En general, los asalariados intelectuales tendrían mucho menos control sobre su proceso de trabajo que la pequeña burguesía tradicional.

El segundo argumento que apoya la afirmación de que los intelectuales forman parte de la pequeña burguesía se centra en una hipotética unidad ideológica entre la nueva y la vieja pequeña burguesía. Este tema ha sido subrayado por Poulantzas en diversos trabajos. Poulantzas argumenta que el propio carácter del trabajo intelectual, y las estructuras organizativas en el seno de las cuales es realizado en la sociedad capitalista, garantizan que los intelectuales se vean caracterizados por los elementos esenciales de la ideología pequeñoburguesa: individualismo, veneración del Estado, arribismo, etc. A pesar de que el trabajo asalariado intelectual está implicado en unas relaciones sociales de producción enteramente diferentes de las de la pequeña burguesía a nivel económico —la pequeña burguesía está constituida por productores independientes en el seno de unas relaciones de producción mercantiles simples, mientras que los intelectuales están directamente subordinados al capital en el seno de las relaciones de producción capitalistas—, no obstante, argumenta Poulantzas, la congruencia de sus ideologías es tan fuerte como para fundirlos en una sola clase.

¹⁰ Véase Judah Hill, “Class analysis: the United Sintes in the 1970”, P. O. Box 8494, Emeryville (California), 1975.

De nuevo, como en la visión de los intelectuales en términos de una simple polarización, existe un atractivo especial en este análisis. Ciertamente, en términos de conciencia de clase existen claras tendencias en muchas sociedades capitalistas a que los intelectuales tengan visiones del mundo similares a las de la pequeña burguesía, y, al menos en ciertas circunstancias, a que adopten las mismas orientaciones políticas. Y aun así, el punto de vista de que los intelectuales se insertan firmemente en la pequeña burguesía resulta tan insatisfactorio como el punto de vista de que son parte de la clase obrera. Para empezar, la afirmación de que la ideología de los asalariados intelectuales es esencialmente idéntica a la de la pequeña burguesía tradicional requiere una interpretación extremadamente limitada de la ideología. Por ejemplo, mientras que ambas categorías pueden mantener ideologías altamente individualistas, el individualismo de la pequeña burguesía tradicional (sé tu propio jefe, individualismo a machamartillo) es totalmente antitético del individualismo de los intelectuales empleados (competitividad organizativa, arribismo). El igualar ambos es oscurecer las relaciones sociales fundamentalmente diferentes en el seno de las cuales operan estas ideologías individualistas.

Aún más importante; aunque se diera el caso de que las ideologías de los intelectuales y de la pequeña burguesía tradicional fueran idénticas, resultaría insatisfactorio desde una perspectiva marxista otorgar tanto peso a la conciencia y a la ideología como para que puedan obliterar por completo las diferencias fundamentales en las relaciones económicas que caracterizan a la mayor parte de los intelectuales y a la pequeña burguesía tradicional. Mientras que el trabajo asalariado puede no ser un criterio suficiente para definir una clase, es desde luego un criterio importante, ya que determina el contorno básico de la relación con el capital. Esta diferencia en cuanto a la relación con el capital significa que existen diferencias básicas —no simplemente marginales— en la relación de la pequeña burguesía y los asalariados intelectuales con las luchas de la clase obrera y las luchas por el socialismo. Específicamente, dado que son pequeños propietarios, la pequeña burguesía tiene una relación mucho más contradictoria con el socialismo que los intelectuales asalariados. Esto no quiere decir que los intereses de clase de los intelectuales y la clase obrera sean idénticos —de hecho, si lo fueran diríamos que el trabajo intelectual forma parte de la clase obrera—, sino, sencillamente, que sus intereses son en general menos opuestos que los de la clase obrera y la pequeña burguesía tradicional.

4. Los intelectuales forman parte de una clase de profesionales y directivos. Si los intelectuales no deberían ser considerados en general como parte de la clase obrera, y si tampoco forman parte de la pequeña burguesía, tal vez entonces deberían ser considerados como parte de una clase completamente diferente, una clase distinta a la clase obrera, la pequeña burguesía y la burguesía. Esta es esencialmente la afirmación de Bárbara y John Ehrenreich en su análisis de la clase profesional-directiva. Definen la CPD como

Una clase formada por aquellos trabajadores mentales asalariados que no poseen los medios de producción y cuya principal función en la división social del trabajo puede ser descrita, a grandes rasgos, como la reproducción de la cultura capitalista y las relaciones de clase capitalistas. ("The professional managerial class", *Radical America*, vol. II, 2, 1977, p. 13.)

La mayor parte de los intelectuales asalariados entrarían en esta clase, dada su definición. La cuestión entonces se convierte en saber si la CPD puede ser realmente considerada como una "clase" en el mismo sentido en que la burguesía y el proletariado son clases, o si lo que los Ehrenreich llaman clase debería ser considerado como algún otro tipo de realidad social. Una cosa es argumentar que las diversas categorías agrupadas bajo las siglas CPD tienen una cierta unidad interna, y otra identificar la lógica de esa unidad con una unidad de clase.

Los Ehrenreich utilizan dos argumentos básicos para apoyar la tesis de que la CPD es de hecho una clase. En primer lugar argumentan que la CPD está "caracterizada por una relación común con los fundamentos económicos de la sociedad, los medios de producción y los esquemas socialmente organizados de distribución y consumo" (p. 12). En segundo lugar argumentan que la CPD es una clase porque está "caracterizada por una existencia social y cultural coherente", esto es, que sus miembros "comparten un estilo de vida, una base cultural, unas redes de parentesco, unos esquemas de consumo, unos hábitos de trabajo y unas creencias comunes" (p. 12). Este segundo argumento depende claramente del primero, dado que muchas otras categorías sociales que no constituyen una clase se ven caracterizadas por una existencia cultural y social coherente (por ejemplo, los granjeros, los leñadores, los marineros). Tan sólo si se establece que los componentes de la CPD mantienen, de hecho, una "relación común con la base económica de la sociedad" podrá considerarse que este segundo argumento refuerza su existencia como clase.

¿Sobre qué base argumentan entonces los Ehrenreich que la CPD constituye una posición distintiva respecto a los medios de producción? Su argumento esencial es que la CPD viene definida por una *función* distintiva en la división social del trabajo, a saber, la función de reproducir las relaciones de clase. El concepto de una relación común con los “fundamentos económicos” de la sociedad se identifica, por tanto, con una función común en la división del trabajo, y las posiciones que realizan una función común se consideran entonces como una clase.¹¹

Como en el análisis de Gramsci, el análisis funcional de los Ehrenreich resulta extremadamente importante para una comprensión adecuada de los intelectuales (o cualquier otro miembro de la CPD), particularmente en términos de su función en la lucha de clases. No obstante, una identificación tan simplista de la posición de clase de los intelectuales con su función en la división social del trabajo tiende a fusionar los aspectos funcionales y estructurales de clase en una sola dimensión, y esto oscurece el carácter de clase esencial del trabajo intelectual asalariado, en lugar de clarificarlo. Esto es así por dos razones básicas: 1, el problema de la no coincidencia de las posiciones estructurales con las funciones, y 2, la necesidad de comprender las relaciones sociales internas a la realización de las funciones. Echemos una breve ojeada a estas cuestiones.

Las funciones en el seno de una sociedad, incluyendo la función de reproducción de las relaciones de clase, han de ser comprendidas como *dimensiones* de las relaciones sociales, no como *categorías* posicionales. Si bien es desde luego cierto que algunas categorías están más “especializadas” que otras en la función de reproducción, *todas* las posiciones determinadas por las relaciones capitalistas de producción contribuyen en mayor o menor medida a la reproducción de esas relaciones. El análisis de Marx del fetichismo de la mercancía, por ejemplo, es, en parte, un análisis de la forma en que la reproducción de las relaciones de producción capitalistas se enraíza en el mismo carácter de estas relaciones, no siendo, por tanto, responsabilidad de una ocupación especializada. Así, los trabajadores manuales de la cadena de producción también realizan la “función” de reproducir las relaciones capitalistas de producción, por el mero hecho de participar en la producción capitalista.

¹¹ Para una amplia defensa teórica de tales definiciones funcionales de las relaciones de clas, véase G. Carchedi, *On the economic identification of social classes*, Londres, Rouladge and Kegan Paul, 1977.

A pesar de esto, es cierto que algunas posiciones se especializan en esta función de reproducción. Pero es igualmente cierto que incluso estas posiciones reproductivas especializadas, en general, no son exclusivamente reproductivas. Los ingenieros, por ejemplo, no funcionan simplemente para reproducir las relaciones de clase capitalistas. También diseñan puentes y, de otra manera, realizan funciones claramente productivas. ¿Por qué se debería definir su posición de clase exclusivamente por su función reproductiva? ¿Sobre qué base es posible establecer qué función es “más” importante? E incluso aunque esto pudiera determinarse, ¿por qué debería tener la función dominante en potencial definitivo para la determinación de la posición de clase? Estas preguntas ilustran algunas de las dificultades que existen para identificar simplemente clase y función.

El problema de esta simple identificación resulta aún más claro cuando examinamos las relaciones sociales en el seno de las cuales se da la función especializada de reproducir las relaciones de clase. Si examinamos algún aparato ideológico —un colegio, un periódico, una iglesia— queda inmediatamente en claro que no todas las posiciones dentro del aparato tienen la misma relación estructural con respecto a las funciones del aparato en cuestión. Algunas posiciones están implicadas en el control de la totalidad del aparato. Otras comprenden el control sobre actividades específicas en el seno del aparato, tal vez simplemente la propia actividad de la posición, peor ningún control en absoluto sobre el aparato en su totalidad. Y finalmente, algunas posiciones están completamente excluidas de control alguno sobre el aparato o sobre actividades determinadas dentro de él. En términos de su relación con la estructura de clase como un todo, todas las posiciones comprendidas dentro de un aparato ideológico sirven a la “función” de reproducir las relaciones capitalistas de clase, ya que el propio aparato ideológico sirve para esto. Pero está claro que las diferentes posiciones en el seno del aparato tienen relaciones estructurales enteramente diferentes con respecto a la función de éste.

Los Ehrenreich son perfectamente conscientes de estas gradaciones posicionales en el seno de un único aparato funcional, y esto les lleva a argumentar que ciertas posiciones en el seno de la CPD están “más cercanas” a la clase obrera, mientras que otras están “más cercanas” a la burguesía. Una enfermera diplomada, por ejemplo, constituye una posición en el seno de la CPD cercana a la clase obrera; un directivo medio-alto de una gran empresa constituye una posición dentro de la CPD cercana a la burguesía. Los Ehrenreich subra-

¿Sobre qué base argumentan entonces los Ehrenreich que la CPD constituye una posición distintiva respecto a los medios de producción? Su argumento esencial es que la CPD viene definida por una *función* distintiva en la división social del trabajo, a saber, la función de reproducir las relaciones de clase. El concepto de una relación común con los “fundamentos económicos” de la sociedad se identifica, por tanto, con una función común en la división del trabajo, y las posiciones que realizan una función común se consideran entonces como una clase.¹¹

Como en el análisis de Gramsci, el análisis funcional de los Ehrenreich resulta extremadamente importante para una comprensión adecuada de los intelectuales (o cualquier otro miembro de la CPD), particularmente en términos de su función en la lucha de clases. No obstante, una identificación tan simplista de la posición de clase de los intelectuales con su función en la división social del trabajo tiende a fusionar los aspectos funcionales y estructurales de clase en una sola dimensión, y esto oscurece el carácter de clase esencial del trabajo intelectual asalariado, en lugar de clarificarlo. Esto es así por dos razones básicas: 1, el problema de la no coincidencia de las posiciones estructurales con las funciones, y 2, la necesidad de comprender las relaciones sociales internas a la realización de las funciones. Echemos una breve ojeada a estas cuestiones.

Las funciones en el seno de una sociedad, incluyendo la función de reproducción de las relaciones de clase, han de ser comprendidas como *dimensiones* de las relaciones sociales, no como *categorías* posicionales. Si bien es desde luego cierto que algunas categorías están más “especializadas” que otras en la función de reproducción, *todas* las posiciones determinadas por las relaciones capitalistas de producción contribuyen en mayor o menor medida a la reproducción de esas relaciones. El análisis de Marx del fetichismo de la mercancía, por ejemplo, es, en parte, un análisis de la forma en que la reproducción de las relaciones de producción capitalistas se enraíza en el mismo carácter de estas relaciones, no siendo, por tanto, responsabilidad de una ocupación especializada. Así, los trabajadores manuales de la cadena de producción también realizan la “función” de reproducir las relaciones capitalistas de producción, por el mero hecho de participar en la producción capitalista.

¹¹ Para una amplia defensa teórica de tales definiciones funcionales de las relaciones de clas, véase G. Carchedi, *On the economic identification of social classes*, Londres, Rouladage and Kegan Paul, 1977.

A pesar de esto, es cierto que algunas posiciones se especializan en esta función de reproducción. Pero es igualmente cierto que incluso estas posiciones reproductivas especializadas, en general, no son exclusivamente reproductivas. Los ingenieros, por ejemplo, no funcionan simplemente para reproducir las relaciones de clase capitalistas. También diseñan puentes y, de otra manera, realizan funciones claramente productivas. ¿Por qué se debería definir su posición de clase exclusivamente por su función reproductiva? ¿Sobre qué base es posible establecer qué función es “más” importante? E incluso aunque esto pudiera determinarse, ¿por qué debería tener la función dominante en potencial definitivo para la determinación de la posición de clase? Estas preguntas ilustran algunas de las dificultades que existen para identificar simplemente clase y función.

El problema de esta simple identificación resulta aún más claro cuando examinamos las relaciones sociales en el seno de las cuales se da la función especializada de reproducir las relaciones de clase. Si examinamos algún aparato ideológico —un colegio, un periódico, una iglesia— queda inmediatamente en claro que no todas las posiciones dentro del aparato tienen la misma relación estructural con respecto a las funciones del aparato en cuestión. Algunas posiciones están implicadas en el control de la totalidad del aparato. Otras comprenden el control sobre actividades específicas en el seno del aparato, tal vez simplemente la propia actividad de la posición, peor ningún control en absoluto sobre el aparato en su totalidad. Y finalmente, algunas posiciones están completamente excluidas de control alguno sobre el aparato o sobre actividades determinadas dentro de él. En términos de su relación con la estructura de clase como un todo, todas las posiciones comprendidas dentro de un aparato ideológico sirven a la “función” de reproducir las relaciones capitalistas de clase, ya que el propio aparato ideológico sirve para esto. Pero está claro que las diferentes posiciones en el seno del aparato tienen relaciones estructurales enteramente diferentes con respecto a la función de éste.

Los Ehrenreich son perfectamente conscientes de estas gradaciones posicionales en el seno de un único aparato funcional, y esto les lleva a argumentar que ciertas posiciones en el seno de la CPD están “más cercanas” a la clase obrera, mientras que otras están “más cercanas” a la burguesía. Una enfermera diplomada, por ejemplo, constituye una posición en el seno de la CPD cercana a la clase obrera; un directivo medio-alto de una gran empresa constituye una posición dentro de la CPD cercana a la burguesía. Los Ehrenreich subra-

yan que la CPD no es una clase homogénea, sino que está caracterizada por una jerarquía interna de estratos que refleja una gama de posiciones estructurales en el seno de la función común de reproducir las relaciones sociales capitalistas.

Ahora bien, afirmar que tanto una enfermera diplomada como un directivo medio-alto son miembros de la misma clase (si bien están en diferentes “extremos” de la clase) implica que están más “cerca” uno de la otra de lo que lo están respecto a cualquier otra clase. Si no fuera éste el caso —si de hecho las enfermeras diplomadas estuvieran “más cercanas” a los obreros que a los directivos medios-altos—, entonces no tendría sentido considerarles miembros de la misma clase. Una enfermera diplomada y un directivo medio-alto pueden, no obstante, tener algo en común en el terreno de las relaciones de clase, pero no se puede entender que esos rasgos comunes les definan como miembros de una única clase coherente. Este no es un problema de la ambigüedad de las “fronteras” entre las clases, sino de la propia lógica de designar a una serie de posiciones en el seno de la división social del trabajo como una clase.¹²

La cuestión de si la CPD puede ser considerada una clase ha de ser planteada, por tanto, de la siguiente manera: ¿tiene sentido considerar a una serie de posiciones, que en algún sentido están situadas “entre” la clase obrera y la burguesía, y entre las que algunas están más cerca de la burguesía y otras más próximas a la clase obrera, como una “clase”, en el mismo sentido en que son clases la burguesía y el proletariado? Existe una fuerte tradición en el seno del marxismo de asumir que todas las posiciones en el seno de la división social del trabajo deben encajar firmemente en una u otra clase. Si se acepta este supuesto, entonces, por omisión, todas las posiciones entre la clase obrera y la burguesía tienen, necesariamente, que constituir una clase.

Pero existe una alternativa: en vez de insistir en que todas las posiciones en el seno de la división social del trabajo encajen firmemente en una clase, algunas posiciones pueden considerarse *objetivamente escindidas entre las clases*. Si se entiende por clases relaciones sociales, y no cosas, esto implica que ciertas posiciones tienen un ca-

¹² A pesar de todas las dificultades para definir rigurosamente las “fronteras” entre clase capitalista y la clase obrera, nadie sugiere que la aristocracia obrera (por ejemplo) esté más “cerca” de la clase capitalista que un obrero calificado. La metáfora espacial es simple y llanamente inadecuada para la discusión de las relaciones de clase. Un trabajador altamente privilegiado puede estar más integrado en la sociedad capitalista, puede aceptar la hegemonía ideológica de la burguesía más profundamente y así sucesivamente, pero no está más cercano a los capitalistas como clase.

rácter contradictorio en el seno de esas relaciones sociales. En ciertas dimensiones de las relaciones de clase comparten las características de la burguesía; en otras comparten las características de la clase obrera. Si se adopta esta postura, resulta muy fácil ver en qué sentido algunas de estas posiciones pueden ser consideradas “más próximas” a la clase obrera que otras. Están más cercanas precisamente en el sentido de que su posición en el seno de las relaciones sociales de producción comparte más características de la clase obrera que de la burguesía. Desde este punto de vista, en vez de ver a los intelectuales como parte de una clase distinta, con su propia coherencia y unidad, podemos verlos situados en una posición contradictoria en el seno de las relaciones de clase.

5. Los intelectuales ocupan posiciones contradictorias en el seno de las relaciones de clase. Permítaseme explicar más rigurosamente lo que quiero decir exactamente con la expresión “posiciones contradictorias en el seno de las relaciones de clase”. En cierto sentido, por supuesto, todas las posiciones de clase en la sociedad capitalista son “contradictorias”, dado que el propio concepto de clase expresa relaciones fundamentalmente antagónicas. Algunas posiciones, no obstante, son contradictorias en un doble sentido: en primer lugar reflejan las relaciones antagónicas de clase básicas de la sociedad capitalista, y en segundo lugar están desgarradas objetivamente entre las clases antagonistas de tal sociedad. Tales posiciones no tienen una identidad de clase por derecho propio; su carácter de clase se ve estrictamente determinado por su posición entre dos clases. Es a causa de esta naturaleza derivada de su posición de clase por lo que tales posiciones son llamadas posiciones contradictorias en el seno de las relaciones de clase.

Dado que las clases en la sociedad capitalista no pueden ser definidas simplemente en términos de relaciones económicas, tampoco pueden serlo las posiciones contradictorias. Resulta esencial especificar el carácter contradictorio de ciertas posiciones tanto al nivel de las relaciones políticas e ideológicas de clase como al nivel de las relaciones sociales de producción. En el caso de los intelectuales, resultará especialmente importante examinar su posición de clase a nivel ideológico. El resultado, como veremos, es que los *intelectuales ocupan típicamente una localización contradictoria de clase entre la clase obrera y la pequeña burguesía a nivel económico, pero entre la clase obrera y la burguesía a nivel ideológico.*

yan que la CPD no es una clase homogénea, sino que está caracterizada por una jerarquía interna de estratos que refleja una gama de posiciones estructurales en el seno de la función común de reproducir las relaciones sociales capitalistas.

Ahora bien, afirmar que tanto una enfermera diplomada como un directivo medio-alto son miembros de la misma clase (si bien están en diferentes “extremos” de la clase) implica que están más “cerca” uno de la otra de lo que lo están respecto a cualquier otra clase. Si no fuera éste el caso —si de hecho las enfermeras diplomadas estuvieran “más cercanas” a los obreros que a los directivos medios-altos—, entonces no tendría sentido considerarles miembros de la misma clase. Una enfermera diplomada y un directivo medio-alto pueden, no obstante, tener algo en común en el terreno de las relaciones de clase, pero no se puede entender que esos rasgos comunes les definan como miembros de una única clase coherente. Este no es un problema de la ambigüedad de las “fronteras” entre las clases, sino de la propia lógica de designar a una serie de posiciones en el seno de la división social del trabajo como una clase.¹²

La cuestión de si la CPD puede ser considerada una clase ha de ser planteada, por tanto, de la siguiente manera: ¿tiene sentido considerar a una serie de posiciones, que en algún sentido están situadas “entre” la clase obrera y la burguesía, y entre las que algunas están más cerca de la burguesía y otras más próximas a la clase obrera, como una “clase”, en el mismo sentido en que son clases la burguesía y el proletariado? Existe una fuerte tradición en el seno del marxismo de asumir que todas las posiciones en el seno de la división social del trabajo deben encajar firmemente en una u otra clase. Si se acepta este supuesto, entonces, por omisión, todas las posiciones entre la clase obrera y la burguesía tienen, necesariamente, que constituir una clase.

Pero existe una alternativa: en vez de insistir en que todas las posiciones en el seno de la división social del trabajo encajen firmemente en una clase, algunas posiciones pueden considerarse *objetivamente escindidas entre las clases*. Si se entiende por clases relaciones sociales, y no cosas, esto implica que ciertas posiciones tienen un ca-

¹² A pesar de todas las dificultades para definir rigurosamente las “fronteras” entre clase capitalista y la clase obrera, nadie sugiere que la aristocracia obrera (por ejemplo) esté más “cerca” de la clase capitalista que un obrero calificado. La metáfora espacial es simple y llanamente inadecuada para la discusión de las relaciones de clase. Un trabajador altamente privilegiado puede estar más integrado en la sociedad capitalista, puede aceptar la hegemonía ideológica de la burguesía más profundamente y así sucesivamente, pero no está más cercano a los capitalistas como clase.

rácter contradictorio en el seno de esas relaciones sociales. En ciertas dimensiones de las relaciones de clase comparten las características de la burguesía; en otras comparten las características de la clase obrera. Si se adopta esta postura, resulta muy fácil ver en qué sentido algunas de estas posiciones pueden ser consideradas “más próximas” a la clase obrera que otras. Están más cercanas precisamente en el sentido de que su posición en el seno de las relaciones sociales de producción comparte más características de la clase obrera que de la burguesía. Desde este punto de vista, en vez de ver a los intelectuales como parte de una clase distinta, con su propia coherencia y unidad, podemos verlos situados en una posición contradictoria en el seno de las relaciones de clase.

5. *Los intelectuales ocupan posiciones contradictorias en el seno de las relaciones de clase.* Permítaseme explicar más rigurosamente lo que quiero decir exactamente con la expresión “posiciones contradictorias en el seno de las relaciones de clase”. En cierto sentido, por supuesto, todas las posiciones de clase en la sociedad capitalista son “contradictorias”, dado que el propio concepto de clase expresa relaciones fundamentalmente antagónicas. Algunas posiciones, no obstante, son contradictorias en un doble sentido: en primer lugar reflejan las relaciones antagónicas de clase básicas de la sociedad capitalista, y en segundo lugar están desgarradas objetivamente entre las clases antagonistas de tal sociedad. Tales posiciones no tienen una identidad de clase por derecho propio; su carácter de clase se ve estrictamente determinado por su posición entre dos clases. Es a causa de esta naturaleza derivada de su posición de clase por lo que tales posiciones son llamadas posiciones contradictorias en el seno de las relaciones de clase.

Dado que las clases en la sociedad capitalista no pueden ser definidas simplemente en términos de relaciones económicas, tampoco pueden serlo las posiciones contradictorias. Resulta esencial especificar el carácter contradictorio de ciertas posiciones tanto al nivel de las relaciones políticas e ideológicas de clase como al nivel de las relaciones sociales de producción. En el caso de los intelectuales, resultará especialmente importante examinar su posición de clase a nivel ideológico. El resultado, como veremos, es que los *intelectuales ocupan típicamente una localización contradictoria de clase entre la clase obrera y la pequeña burguesía a nivel económico, pero entre la clase obrera y la burguesía a nivel ideológico.*

burguesía a nivel económico, pero entre la clase obrera y la burguesía a nivel ideológico.

A nivel de las relaciones sociales de producción existen tres posiciones contradictorias básicas en el seno de las relaciones de clase en la sociedad capitalista:

1. Los *directivos* ocupan una posición contradictoria entre la clase obrera y la burguesía.

2. Los *pequeños empresarios* ocupan una posición contradictoria entre la burguesía y la pequeña burguesía.

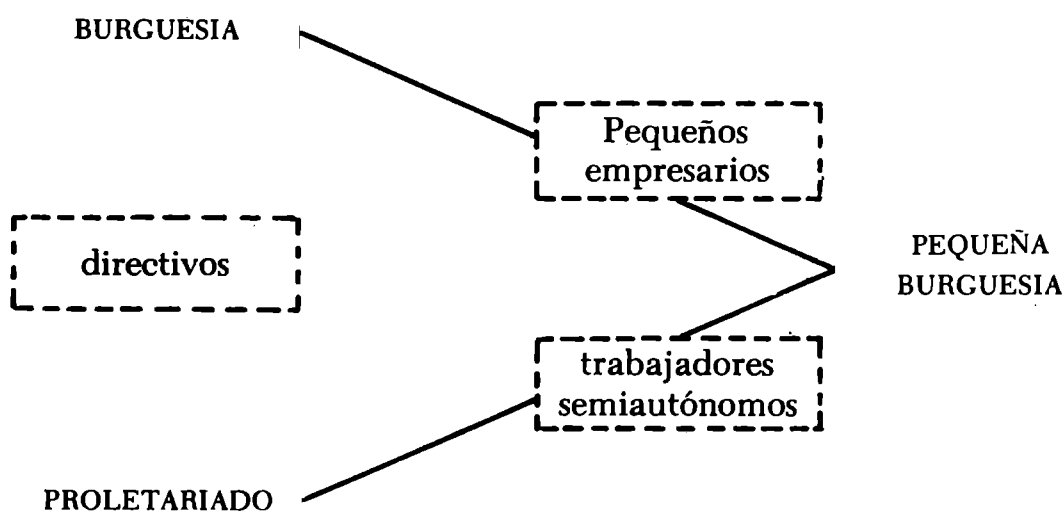
3. Los *trabajadores semiautónomos* ocupan una posición contradictoria entre la pequeña burguesía y la clase obrera.

Estas tres posiciones de clase se ven ilustradas esquemáticamente en la gráfica. La tercera categoría es especialmente importante en el contexto actual, dado que gran cantidad de trabajo asalariado inte-

POSICIONES CONTRADICTORIAS DENTRO DE LAS RELACIONES DE CLASE A NIVEL DE LAS RELACIONES SOCIALES DE PRODUCCION

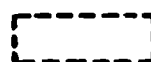
Modo de producción capitalista

Producción mercantil simple



POSICIONES DE CLASE BASICAS

posiciones contradictorias



lectual entra dentro de esta posición. Observémosla un poco más atentamente.¹³

Para comprender la categoría de trabajador semiautónomo —la posición de ~~clase~~ contradictoria entre la pequeña burguesía y el proletariado— necesitamos observar el proceso de trabajo característico de la pequeña burguesía y el proletariado. La característica distintiva del proceso de trabajo de la pequeña burguesía es que el productor pequeñoburgués controla directamente el proceso de trabajo. En palabras sencillas, el pequeño-burgués es su propio jefe. El ritmo de trabajo, las herramientas y procedimientos utilizados, la programación del trabajo, el producto resultante, etc., están todos ellos bajo el control del productor directo. Por otra parte, en la producción capitalista el trabajador tiene en el mejor de los casos un control marginal sobre el proceso de trabajo inmediato. En el caso extremo de la cadena de producción regulada por los principios de la dirección científica, el trabajador se convierte en una máquina humana sin autonomía ninguna. En estos términos, los trabajadores semiautónomos son trabajadores asalariados que, por una serie de razones, mantienen niveles elevados de genuino control sobre su proceso de trabajo. Como trabajadores están empleados por el capital (o el Estado), como trabajadores deben vender su fuerza de trabajo para sobrevivir, y como trabajadores no controlan el aparato de producción en su conjunto. Pero a diferencia de los obreros y al igual que la pequeña burguesía, sí tienen un control real sobre gran parte de su propio proceso de trabajo. Esta es a menudo la situación del trabajador intelectual asalariado. Tal vez el ejemplo más claro sea un profesor adjunto, al menos en una

¹³ A causa de las limitaciones de espacio no discutiremos sistemáticamente el caso de los directivos y pequeños empresarios en este ensayo. Para una discusión detallada de estas posiciones contradictorias de clase, véase Erik O. Wright, *Class, crisis and the State, op. cit.*, especialmente el capítulo 2. El carácter esencial de estas posiciones puede ser resumido muy brevemente de la siguiente manera: los pequeños empresarios son similares a los capitalistas en la medida en la que explotan a la fuerza de trabajo, pero son similares a la pequeña burguesía en cuanto que ellos y los miembros de sus familias se incorporan directamente a la producción, de tal forma que gran parte del plus trabajo generado en la producción procede directamente de su trabajo y no simplemente del de sus trabajadores. Los directivos son similares a los capitalistas en cuanto controlan directamente la actividad laboral de los trabajadores en el seno de la producción y pueden controlar la utilización del capital físico, y en algunas circunstancias también del capital monetario. Son similares a los trabajadores en cuanto están controlados por los capitalistas. Se ven excluidos del control del proceso de acumulación global y venden al capital su fuerza de trabajo como una mercancía.

burguesía a nivel económico, pero entre la clase obrera y la burguesía a nivel ideológico.

A nivel de las relaciones sociales de producción existen tres posiciones contradictorias básicas en el seno de las relaciones de clase en la sociedad capitalista:

1. Los *directivos* ocupan una posición contradictoria entre la clase obrera y la burguesía.

2. Los *pequeños empresarios* ocupan una posición contradictoria entre la burguesía y la pequeña burguesía.

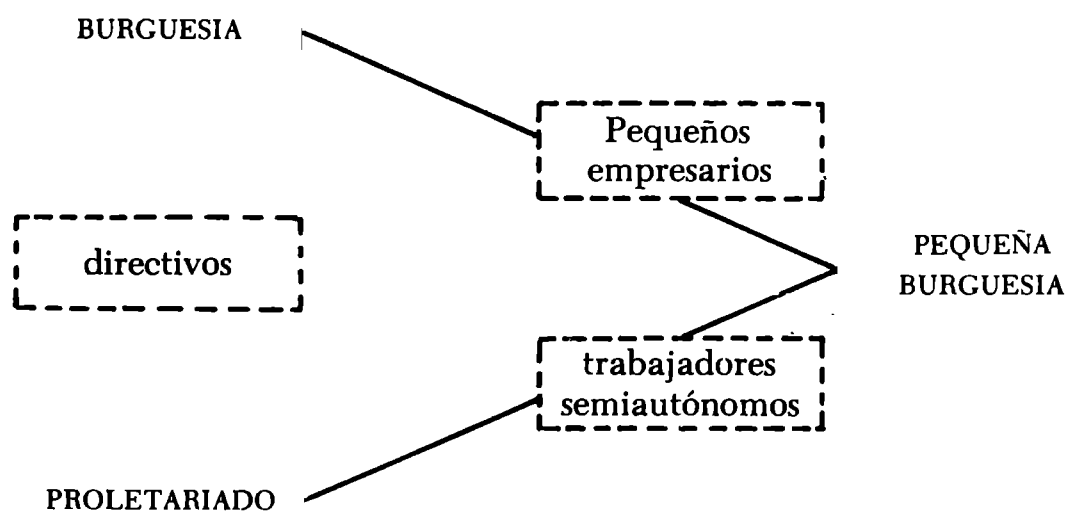
3. Los *trabajadores semiautónomos* ocupan una posición contradictoria entre la pequeña burguesía y la clase obrera.

Estas tres posiciones de clase se ven ilustradas esquemáticamente en la gráfica. La tercera categoría es especialmente importante en el contexto actual, dado que gran cantidad de trabajo asalariado inte-

POSICIONES CONTRADICTORIAS DENTRO DE LAS RELACIONES DE CLASE A NIVEL
DE LAS RELACIONES SOCIALES DE PRODUCCION

Modo de producción capitalista

Producción mercantil simple



POSICIONES DE CLASE BASICAS

posiciones contradictorias



lectual entra dentro de esta posición. Observémosla un poco más atentamente.¹³

Para comprender la categoría de trabajador semiautónomo — la posición de ~~clase~~ contradictoria entre la pequeña burguesía y el proletariado — necesitamos observar el proceso de trabajo característico de la pequeña burguesía y el proletariado. La característica distintiva del proceso de trabajo de la pequeña burguesía es que el productor pequeñoburgués controla directamente el proceso de trabajo. En palabras sencillas, el pequeñoburgués es su propio jefe. El ritmo de trabajo, las herramientas y procedimientos utilizados, la programación del trabajo, el producto resultante, etc., están todos ellos bajo el control del productor directo. Por otra parte, en la producción capitalista el trabajador tiene en el mejor de los casos un control marginal sobre el proceso de trabajo inmediato. En el caso extremo de la cadena de producción regulada por los principios de la dirección científica, el trabajador se convierte en una máquina humana sin autonomía ninguna. En estos términos, los trabajadores semiautónomos son trabajadores asalariados que, por una serie de razones, mantienen niveles elevados de genuino control sobre su proceso de trabajo. Como trabajadores están empleados por el capital (o el Estado), como trabajadores deben vender su fuerza de trabajo para sobrevivir, y como trabajadores no controlan el aparato de producción en su conjunto. Pero a diferencia de los obreros y al igual que la pequeña burguesía, sí tienen un control real sobre gran parte de su propio proceso de trabajo. Esta es a menudo la situación del trabajador intelectual asalariado. Tal vez el ejemplo más claro sea un profesor adjunto, al menos en una

¹³ A causa de las limitaciones de espacio no discutiremos sistemáticamente el caso de los directivos y pequeños empresarios en este ensayo. Para una discusión detallada de estas posiciones contradictorias de clase, véase Erik O. Wright, *Class, crisis and the State*, op. cit., especialmente el capítulo 2. El carácter esencial de estas posiciones puede ser resumido muy brevemente de la siguiente manera: los pequeños empresarios son similares a los capitalistas en la medida en la que explotan a la fuerza de trabajo, pero son similares a la pequeña burguesía en cuanto que ellos y los miembros de sus familias se involucran directamente a la producción, de tal forma que gran parte del plusvalor generado en la producción proviene directamente de su trabajo y no simplemente del de sus trabajadores. Los directivos son similares a los capitalistas en cuanto controlan directamente la actividad laboral de los trabajadores en el seno de la producción y pueden controlar la utilización del capital fijo, y en algunas circunstancias también del capital monetario. Son similares a los trabajadores en cuanto están controlados por los capitalistas. Se ven excluidos del control del proceso de acumulación global y venden al capital su fuerza de trabajo como una mercancía.

universidad de élite. Mientras que los profesores adjuntos carecen desde luego de control sobre el aparato educativo en su totalidad, sí tienen un grado sustancial de control sobre lo que enseñan, qué tipo de investigaciones realizan, cómo distribuyen su tiempo, etc.

Describir una posición de clase como una posición contradictoria entre la pequeña burguesía y la clase obrera significa que tal posición comparte *simultáneamente* ciertos intereses de la clase obrera y la pequeña burguesía, pero no tiene intereses idénticos a los de ninguna de ellas. Está objetivamente desgarrada entre las dos clases. Para tales posiciones de clase, el socialismo promete simultáneamente una liberación genuina de las distorsiones y la dominación del capital y una reducción de la autonomía *individual* que experimentan bajo las condiciones del capitalismo. Es decir, en una sociedad socialista el proceso de trabajo es controlado colectivamente por los trabajadores, en vez de serlo por el capital o por los trabajadores individuales. Esto quiere decir que en muchos casos, especialmente para gran parte de los trabajadores intelectuales, el socialismo implica una reducción del control individual sobre la actividad laboral inmediata. En este sentido el trabajador asalariado intelectual, en mayor o menor medida, ocupa una posición de clase contradictoria entre la clase obrera y la pequeña burguesía.¹⁴

El trabajo intelectual, no obstante, no puede ser analizado exclusivamente en términos de las relaciones sociales de producción. Como subrayan correctamente los Ehrenreich, los intelectuales tienen papeles clave en la reproducción de la cultura y las relaciones sociales capitalistas, y esto quiere decir que es esencial analizar su posición de clase a nivel ideológico.

Para hacer esto debemos identificar primero las relaciones de clase básicas a nivel ideológico. Sin entrar en demasiados detalles sobre

¹⁴ Las palabras "en mayor o menor medida" son de considerable importancia en esta afirmación. Las diferentes categorías intelectuales disfrutarán de diferentes grados de autonomía en el seno del proceso de trabajo, y así, en consecuencia, estarán más cerca del proletariado o de la pequeña burguesía. En última instancia por supuesto, resulta un tanto arbitrario el lugar en el que se traza la divisoria y se dice; ésta es una situación en la que la autonomía se ha visto reducida hasta tal punto que ya no estamos ante una posición contradictoria de clase. Inevitablemente se darán posiciones de clase que sean no sólo contradictorias, sino ambiguas; es decir, es posible dar una clasificación abstracta y *a priori* de tales posiciones. Lo que esto indica es la limitación inevitable de un análisis puramente estructural de las clases y las relaciones de clase. En último término, lo que determina exactamente la forma en que tales posiciones ambiguas se organizarán en clases no es la precisión teórica del analista, sino más bien el curso histórico de las luchas de clases.

esta cuestión pueden identificarse tres posiciones de clase básica a nivel ideológico:

1. La *posición de clase burguesa* a nivel ideológico reside en aquellas posiciones que comprenden el control del proceso de producción ideológica en su totalidad, es decir, el control sobre los *aparatos* ideológicos burgueses.

2. La *posición de clase contradictoria* a nivel ideológico comprende aquellas posiciones que están implicadas en la elaboración y difusión de la ideología burguesa, pero no en el control global de los aparatos ideológicos burgueses.¹⁵

3. la *posición de clase obrera* a nivel ideológico comprende aquellas posiciones que se ven excluidas tanto del control de los aparatos en su conjunto como de la elaboración y difusión de la ideología en el seno de los citados aparatos.

En términos del sistema educativo, por ejemplo, la posición burguesa podría ser la de los altos funcionarios de la enseñanza (directores, rectores, gerentes); las posiciones contradictorias serían típicamente las de los enseñantes, y la posición de clase obrera sería la de las secretarías, los bedeles, los camareros de los comedores o cafeterías, etc.¹⁶

¹⁵ En esta discusión estoy restringiendo la noción de "elaboración y difusión" de ideología burguesa a los procesos activos de elaboración/difusión, esto es, a los procesos en los que el contenido de hecho de la actividad está directamente implicado en la formación de ideología (por ejemplo, escribir textos publicitarios, impartir clases, hacer investigación sociológica, etc.). Es posible extender la noción de elaboración/difusión de ideología de modo que incluya también los procesos pasivos, es decir, los procesos en los que la forma de la relación de la posición de clase con respecto a la clase obrera reproduce la ideología burguesa al margen del contenido específico de la actividad de la posición. Por ejemplo, a causa de la ideología que mantiene que tan sólo los "expertos" pueden tomar decisiones técnicas, la relación entre expertos y obreros reproduce directamente la subordinación ideológica de la clase obrera, incluso si el experto diseña puentes en vez de propaganda. Esta distinción entre las formas activas y pasivas de la elaboración/difusión de ideología es muy similar a la que los Ehrenreich establecen entre los papeles "explícitos" y "ocultos" en el proceso de reproducción de las relaciones de clase capitalistas y de la cultura capitalista.

¹⁶ Es importante recordar durante esta discusión que estamos hablando acerca del carácter de clase de ciertas *posiciones*, y no necesariamente de la afiliación de clase de los individuos que ocupan esas posiciones. Por ejemplo, un enseñante puede estar comprometido a fondo con las luchas de la clase obrera, e incluso impartir ideas marxistas en el aula, pese a que la posición de enseñante sea una posición contradictoria a nivel ideológico. Por supuesto, en la mayor parte de las circunstancias existe una relación sistemática entre la afiliación de clase de los individuos y el carácter de clase de sus posiciones. Dé hecho, la mayor parte de los enseñantes imparten ideología burguesa. Si llegara a ocurrir que como resultado de las luchas de clases una gran proporción de

Intentemos ahora combinar estos dos niveles de análisis —las posiciones contradictorias a nivel de relaciones de producción y a nivel de relaciones ideológicas— para comprender el carácter de clase del trabajo intelectual. Para evitar que esta discusión sea demasiado abstracta, me concentraré específicamente en la posición de clase de los enseñantes, aunque el análisis se podría aplicar por igual a otras muchas clases de intelectuales. En general los enseñantes se encuentran en una posición contradictoria entre la pequeña burguesía y la clase obrera al nivel de las relaciones de producción. Históricamente, los enseñantes han tenido un grado razonable de control sobre su propio proceso de trabajo, pero en general han tenido poco que ver con el control global del sistema educativo.¹⁷ A nivel ideológico, por otra parte, los enseñantes ocupan una posición contradictoria entre la burguesía y la clase obrera, dado que la posición de enseñante es crítica para la difusión y la elaboración de la ideología burguesa. Así los enseñantes se ven situados simultáneamente entre la clase obrera y la pequeña burguesía y entre la clase obrera y la burguesía.

Esta *desarticulación* entre su posición de clase a nivel ideológico y económico tiene importantes consecuencias para el papel potencial de los enseñantes (y otras categorías de intelectuales) en la lucha de clases. En la medida en la que los enseñantes tienen un cierto grado de autonomía al nivel de las relaciones sociales de producción (educativa) pueden potencialmente subvertir la ideología burguesa al nivel de las relaciones ideológicas. Existe así una contradicción potencial entre la posición económica e ideológica de clase de los trabajadores de enseñanza, y esta contradicción plantea ciertas amenazas reales a la burguesía.

enseñantes en el seno de los aparatos educativos burgueses empezaran a poner en tela de juicio la ideología burguesa, habría una seria crisis de hegemonía ideológica. Bajo tales circunstancias podrían esperarse luchas extremadamente enconadas en el seno del aparato, al realizarse intentos por reimponer la ideología burguesa a los enseñantes.

¹⁷ En un estudio extremadamente interesante de las luchas de clases en el campo de la enseñanza en Chicago, Julia Wriggley muestra cómo en la primera parte de este siglo los enseñantes de Chicago intentaron establecer consejos de padres y profesores que tuvieran un control efectivo sobre la política educativa. Estos intentos fueron concienzudamente reprimidos por la burocracia educativa y el aparato político. Muchos maestros fueron despedidos, y quedó claro que los maestros carecerían de papel organizado alguno en la elaboración de la política educativa. (*The politics of education in Chicago: social conflicts and the public schools*, tesis doctoral, Departamento de Sociología, Universidad de Wisconsin, 1977).

Esta contradicción potencial es más aguda en las instituciones de enseñanza superior. En los Estados Unidos, al menos, los profesores de enseñanza primaria y secundaria tienen mucha menos autonomía en todos los aspectos que los profesores de enseñanza superior, y en particular tienen menos autonomía en términos del contenido ideológico de lo que enseñan. En la mayor parte de los Estados Unidos, un profesor de escuela primaria que intentara seriamente difundir ideas comunistas en su clase se encontraría casi con toda seguridad sin trabajo. En la universidad la situación es más compleja, y la autonomía de los enseñantes es más una realidad. A pesar de su función ideológica como apoyo del liberalismo y para la creación de una imagen de discusión libre y abierta, la “libertad académica” en el seno de la universidad crea de hecho un mayor espacio para las ideas que ponen en tela de juicio la ideología burguesa. Este es precisamente el motivo por el que los regímenes autoritarios en las sociedades capitalistas se esfuerzan tanto por imponer controles ideológicos estrictos en el seno de las universidades. Si la relativa autonomía de los enseñantes no contradijera su función a nivel ideológico, no habría necesidad de purgas tan sistemáticas de las universidades y escuelas superiores por parte de los gobiernos de derecha. Los conservadores pueden ser de hecho un tanto paranoicos en su valoración de la capacidad de los profesores de izquierda para “envenenar” la mente de los jóvenes, pero sigue siendo cierto que la autonomía relativa de los enseñantes crea la posibilidad de una resistencia real a la ideología burguesa.¹⁸

Si este análisis es correcto, podríamos perfectamente preguntar: ¿por qué entonces la clase capitalista no se limita a eliminar esta autonomía “pequeñoburguesa” de los profesores de universidad y de otras categorías de trabajadores asalariados intelectuales? Ha habido ocasiones, por supuesto, en las que ha ocurrido precisamente esto. El caso extremo es el de los Estados burgueses autoritarios en los que se dicta desde las alturas el contenido detallado de la enseñanza, pero también se dan formas menos extremas (tales como el *macarthismo* en los Estados Unidos) en las democracias burguesas. No obstante, en la mayor parte de las circunstancias los profesores uni-

¹⁸ Es importante tomar este argumento en perspectiva. No pretendo que la autonomía de los enseñantes sea un determinante primario de la fuerza o debilidad de la ideología socialista o comunista, ni en la sociedad en su totalidad ni en la universidad. Siguiendo la fuerza de la clase obrera, particularmente como fuerza política organizada, lo decisivo para determinar la fuerza de la ideología socialista/comunista en la universidad. La cuestión es que las relaciones sociales internas en el seno de la universidad facilitan la penetración y consolidación de ideologías antiburguesas.

versitarios han disfrutado de una cierta autonomía en las sociedades capitalistas avanzadas, y esto requiere una explicación. Hay varios factores que parecen especialmente importantes. En primer lugar, mientras que la relativa autonomía de los profesores universitarios y otros intelectuales en el seno de las relaciones sociales de producción plantea una amenaza potencial contra la burguesía, esta autonomía también resulta útil para la burguesía. La fuerza de la ideología burguesa se basa en parte sobre la afirmación de las libertades liberales, y esta afirmación se encarna en la autonomía relativa de los intelectuales, incluyendo a los profesores. Más aún, la clase burguesa necesita producción intelectual, necesita investigación científica y reformulaciones imaginativas de la ideología burguesa, y una producción intelectual de tales características requiere un cierto grado de autonomía para ser efectiva. Finalmente, la burguesía se vería enfrentada potencialmente con una resistencia considerable de ciertos sectores de intelectuales, así como de la clase obrera, si la autonomía del trabajo intelectual fuera atacada seriamente. La clase capitalista puede desear erosionar la autonomía de los intelectuales, pero en algunas circunstancias los costos ideológicos y políticos podrían ser simplemente demasiado elevados.

Como resultado de estos factores, el grado de autonomía de los enseñantes en el seno de las relaciones sociales de producción varía enormemente en el tiempo y el espacio. Mientras que los enseñantes en general ocupan una posición de clase contradictoria entre la clase obrera y la pequeña burguesía a nivel económico, en determinados momentos y lugares ciertas posiciones en la enseñanza están mucho más cerca de la clase obrera, y otras muchos más cerca de la pequeña burguesía. Por tanto, demostrar que los enseñantes ocupan posiciones de clase contradictorias es tan sólo un primer paso en el análisis. Es igualmente importante especificar la gama de variación de esas relaciones y examinar los procesos de cambio de la posición de clase de determinadas categorías de enseñantes.

En el caso de los Estados Unidos, parece que en la última década, y en especial a partir de los años 70, ha habido una considerable proletarización de muchos segmentos de enseñantes en la enseñanza superior. El número de clases ha aumentado, el contenido de los cursos viene impuesto de forma más administrativa, los enseñantes ya no determinan los horarios, los nombramientos en propiedad han sido reemplazados por contratos de corta duración sin seguridad en la conservación del puesto, etc. Estas transformaciones han producido una bifurcación bastante profunda en la situación de clase de los

profesores universitarios: en las universidades de élite la proletarianización se ha dado a un ritmo mucho menor, o en algunos casos no se ha producido; en los *junior colleges* y *community colleges*, así como en algunas universidades estatales orientadas a estudios de licenciatura [*undergraduate*], la erosión de la autonomía de los enseñantes en el seno del proceso de trabajo ha progresado muy rápidamente. Así, muchos profesores de tales instituciones se han visto llevados muy cerca del polo de la clase obrera en la posición contradictoria entre la clase obrera y la pequeña burguesía, mientras que los profesores de las universidades de élite permanecen mucho más próximos al polo pequeñoburgués. Como resultado, se podrían esperar modelos de comportamiento de clase muy diferentes por parte de los profesores en cada una de estas situaciones; en particular, posibilidades muy diferentes de crear vínculos entre los profesores y los trabajadores en diversas luchas políticas y económicas. El mayor éxito en la sindicación de los enseñantes de los *junior colleges* y las universidades estatales orientadas hacia los estudios de licenciatura es una indicación empírica de estas tendencias.

A nivel ideológico, no obstante, los enseñantes permanecen en posiciones contradictorias entre la burguesía y el proletariado a pesar de su proletarianización parcial a nivel económico. Si bien la autonomía dentro de su trabajo puede haber disminuido para muchos enseñantes, aún se encuentran activamente comprometidos en el proceso de elaboración y difusión de la ideología burguesa. Sin embargo, hay algunos cambios en el proceso educativo que indican que los enseñantes pueden estar en un proceso de proletarianización parcial a nivel ideológico tanto como a nivel económico. Tal vez el ejemplo más claro sea la introducción bastante extensiva de diversas formas de enseñanza programada mediante el uso de ordenadores y otros sistemas. Este tipo de enseñanza mecanizada mina el papel de los enseñantes en la elaboración y difusión de ideología. En una situación límite, sus responsabilidades en la difusión de ideología podrían reducirse a la puesta en marcha de máquinas, sin intervenir como individuos en el proceso. Los enseñantes se convertirían en vigilantes de máquinas, sin ser participantes activos en la producción de ideología. En tal situación, la posición de clase de los enseñantes a nivel ideológico se desplazaría hasta ser muy próxima a la de los trabajadores (carencia completa de control sobre el proceso de producción ideológica).

En términos más generales, los diversos procesos de rutinización de la enseñanza, en los que la capacidad de los enseñantes para introducir sus propias ideas en sus clases se ve reducida, pueden ser consi-

derados como un proceso de proletarización ideológica en el terreno de la enseñanza. Esto no quiere decir que los enseñantes se disuelvan simplemente en la clase obrera a nivel ideológico, pero sí quiere decir que a su posición correspondería un papel menos activo en la producción de ideología burguesa, y así, la situación de los enseñantes a nivel ideológico se aproximaría más a la de los trabajadores.

Tales procesos de proletarización ideológica de los enseñantes no deben ser exagerados. Por el momento, la mayor parte de los enseñantes ocupan aún posiciones contradictorias en el seno de las relaciones de clase a nivel ideológico. Esto genera una serie particularmente compleja de presiones sobre los enseñantes en el seno de la lucha de clases. Por una parte, aunque los enseñantes ocupen una posición contradictoria entre la pequeña burguesía y la clase obrera a nivel económico, muchos puestos en la enseñanza se están viendo incuestionablemente proletarizados a nivel de las relaciones sociales de producción. Por otra parte, esos mismos puestos en la enseñanza siguen ocupando posiciones contradictorias entre la burguesía y el proletariado a nivel ideológico, y esta posición tiende a vincularse ideológicamente a la clase burguesa. El carácter extremadamente ambivalente de los sindicatos de enseñantes, y de muchas huelgas de la enseñanza, reflejan esta desarticulación entre los niveles económicos e ideológicos en la posición de clase de los enseñantes.

II. LOS INTELECTUALES Y LA LUCHA POR EL SOCIALISMO

Hasta aquí nos hemos centrado exclusivamente en la posición estructural de clase de los intelectuales, de personas cuya actividad principal es la elaboración y difusión de ideas. Me gustaría ahora ocuparme de la muy problemática cuestión del papel de los intelectuales en la lucha por el socialismo. En particular, me gustaría examinar la relación entre la posición objetiva de clase de la mayor parte de los trabajadores intelectuales (posiciones contradictorias dentro de las relaciones de clase) y el carácter contradictorio de su papel en el seno de los movimientos socialistas. No discutiré el problema de cómo los intelectuales en general pueden ser atraídos hacia los movimientos socialistas, sino que me centraré más estrechamente en la cuestión de su papel en el seno de esas luchas una vez que están ya envueltos en ellas.

Para empezar a explorar esta cuestión necesitaremos, primero, llegar a un acuerdo sobre la cuestión marxista clásica de la relación entre teoría y práctica, si bien tan sólo de forma esquemática y provisional. Una vez hecho esto, examinaremos cómo el carácter contradictorio de la posición de clase de los intelectuales configura

su capacidad para interpretar un papel en la mediación entre la teoría y la práctica.

Teoría y práctica

El problema de la relación entre la teoría y la práctica comprende en realidad tres dimensiones separadas aunque interrelacionadas: la relación entre la teoría, como aparato conceptual, y la práctica; la relación entre los teóricos, como productores de teoría, y la práctica, y la relación entre los teóricos y la teoría. El problema del papel de los intelectuales en la lucha por el socialismo implica estas tres relaciones. Examinémoslas una por una.

1. *Dialéctica teoría/práctica*. La mayor parte de las discusiones marxistas acerca del problema general de la “unidad entre la teoría y la práctica” se enfocan principalmente sobre las relaciones entre la teoría como aparato conceptual y la práctica. Esta relación tiene a su vez dos aspectos. En primer lugar, el *impacto de la teoría sobre la práctica*: un principio central del marxismo, especialmente a partir de Lenin, ha sido que la práctica política —la actividad de transformar conscientemente las relaciones y las estructuras sociales— no puede guiarse simplemente por una comprensión ideológica espontánea de la sociedad, sino que debe guiarse por una teoría revolucionaria *científica*. Como dijo Lenin, sin una teoría revolucionaria no puede haber práctica revolucionaria.

¿Qué significa esto exactamente? Desde luego no implica que una teoría revolucionaria científica suministre una serie de fórmulas para la acción, o que la citada teoría pueda aportar predicciones completas del futuro sobre las que basar las estrategias políticas. El contenido de esta afirmación de que una teoría científica revolucionaria debería ser la guía de la práctica revolucionaria es más bien que tal teoría nos aporta una *capacidad sistemática para aprender de nuestra práctica*, para aprender de nuestros errores y de nuestros éxitos. “Aprender” implica que existen cuestiones para las que no tenemos aún respuesta, y que existe un método para responder correctamente a estas cuestiones.¹⁹ El materialismo histórico constituye la

¹⁹ En contraste con tal teoría científica una teoría “ideológica” es aquella en la que todas las cuestiones están ya respondidas por la teoría (las respuestas están “predeterminadas”). Y así no existe método alguno para dar respuestas a cuestiones antiguas. En estos términos, el marxismo funciona como una ideología y como una teoría científica: el marxismo dogmático (el marxismo como una estructura ortodoxa de respuestas inmutables) funciona como ideología; el marxismo científico funciona como un método

teoría científica que nos capacita para producir nuevos conocimientos susceptibles de ser utilizados en la práctica política.²⁰

El segundo aspecto de la “unidad entre la teoría y la práctica” se centra en el *impacto de la práctica sobre la teoría*: la práctica política suministra la condición epistemológica necesaria para la reconstrucción de la teoría en el seno del marxismo. El materialismo histórico es una teoría sobre las relaciones entre las estructuras y las prácticas sociales, entre los condicionantes estructurales y su transformación por medio de la lucha. Es la teoría científica de los determinantes contradictorios de la vida social.²¹ En cualquier momento dado, como en toda ciencia, existen tesis opuestas acerca de esas determinaciones contradictorias dentro del marxismo. Mientras que puede existir una especie de consenso general acerca de muchos de los conceptos básicos del materialismo histórico, a menudo existen disputas internas acerca de planteamientos concretos, especialmente acerca de planteamientos relacionados con los límites estructurales de las prácticas de clase y las condiciones para la transformación de esos límites por medio de la lucha de clases.

para producir nuevos conocimientos acerca del mundo. La marca de fábrica del marxismo como ideología es la utilización de citas de Marx como método para *dar validez a una afirmación sobre el mundo* (por oposición a una afirmación sobre Marx). Esto no pretende denegar en forma alguna la importancia crítica del estudio de Marx, pero cuando las palabras de Marx operan como autoridad, como una forma de demostración de afirmaciones sobre la sociedad, entonces Marx deja de ser una fuente de método científico y se convierte, por el contrario, en una fuente de verificación ideológica. Esta forma de diferenciar las teorías científicas de las teorías ideológicas procede del análisis de Louis Althusser en *Reading Capital* (Londres, NLB, 1970) [*Para leer «El capital»*, México, Siglo XXI, 1969], aunque la posibilidad de que el propio marxismo funcione simultáneamente como ciencia y como ideología queda fuera del análisis de Althusser.

²⁰ Decir que la teoría nos capacita para producir sistemáticamente nuevos conocimientos para su utilización en la práctica política no implica que el materialismo histórico pueda ser reducido a la producción de conocimientos directos e inmediatamente aplicables a la lucha de clases. El materialismo histórico es una ciencia de la historia, y permite investigar y estudiar una amplia variedad de problemas históricos que pueden tener, en el mejor de los casos, una relevancia directa marginal para la práctica política contemporánea. la producción teórica tiene una cierta autonomía creativa real, y el desarrollo de la teoría (como veremos más adelante) requiere que la teoría no esté directamente subordinada en todo momento a los imperativos de las luchas políticas del momento.

²¹ Para una discusión extensa de la lógica de la determinación dentro de la teoría marxista que subyace implícitamente a gran parte de este razonamiento, véase el capítulo 1 (“Methodological introduction”) de *Class, crisis and the State*, *op. cit.*

¿Cómo pueden resolverse tales disputas dentro de la teoría (y la política)? En parte tales disputas pueden ser debatidas dentro de la propia teoría; algunos planteamientos son más coherentes que otros; algunos constituyen razonamientos puramente ideológicos, etc. Pero en última instancia, los debates mas importantes dentro del marxismo sólo pueden ser resueltos estudiando las luchas que intentan o han intentado transformar de hecho las estructuras sociales en el presente o en el pasado.²² Por plantear la cuestión en términos un tanto excesivamente positivistas, la práctica suministra las “condiciones experimentales” para evaluar la adecuación de los planteamientos dentro de la teoría marxista, y para la reconstrucción de esa teoría de la luz de sus inadecuaciones.²³

2. *Dialéctica teórico/práctica*. La teoría es producida por seres humanos reales, sumergidos en relaciones sociales reales dentro de las cuales producen teoría. El marxismo, como teoría materialista de la historia, es también una teoría materialista del marxismo, y esto implica que las relaciones de los teóricos con la práctica constituyen por sí mismas uno de los determinantes del desarrollo de la teoría marxista.

²² Esto ayuda a explicar en parte el papel estratégico que desempeña la “historia” en el desarrollo de la teoría marxista. La historia no sólo es importante porque el marxismo sea en sí una teoría histórica —una teoría acerca de la historia y de los procesos históricos de transformación—, sino que la historia es importante en cuanto que suministra las necesarias “condiciones experimentales” para evaluar las teorías marxistas acerca de la relación entre formas específicas de estructuras y prácticas sociales. Esto no implica en modo alguno una teoría empírica del conocimiento en la cual la teoría no sería más que una generalización a partir de datos “dados”, pero sí implica que la teoría científica marxista es, en última instancia, “empírica” y “realista”, en la actividad de los altos dirigentes más que en la de los cuadros medios y la base.

²³ Claus Offe desarrolla este argumento de forma interesante en su discusión acerca de los problemas que plantea el estudio del Estado, en su ensayo “The structural problem of the capitalist. State” (reeditado en Von Beyme, cop., *German political studies*, vol. 1, 1975, Beverly Hills, Sage, 1974). Offe argumenta que la dinámica fundamental del Estado capitalista es la que excluye ciertas posibilidades o decisiones del Estado. Por tanto, el punto central de una exposición marxista de la estructura del Estado estaría en los mecanismos de selección negativa, es decir, en aquellos mecanismos que producen “no decisiones”. El problema, por supuesto, es que en la medida en la que tales mecanismos sean efectivos no pueden “verse” empíricamente los efectos de su actuación. ¿Cómo pueden verse “no acontecimientos”, “no decisiones”? Tan sólo a través de luchas sociales que amenacen los límites impuestos por estos mecanismos de selección negativa, argumenta Offe, es posible valorar la adecuación de las afirmaciones teóricas sobre tales mecanismos y los límites que imponen. *En ausencia de tales luchas, es imposible saber científicamente dónde están exactamente esos límites*. En este sentido la práctica política crea las “condiciones experimentales” para la reconstrucción de la teoría.

Mientras que se puede considerar que la relación entre la teoría y la práctica suministra las condiciones para la generación de nuevas respuestas dentro de la teoría marxista, se puede considerar que la relación del teórico con la práctica aporta las condiciones sociales para la generación de nuevas *cuestiones*. Los temarios de teoría e investigación de los teóricos no surgen del aire. Los problemas que los preocupan y que definen los contornos de las cuestiones que plantean están configurados críticamente por la forma en que los teóricos están vinculados a la práctica política.²⁴

Esto no es una afirmación metafísica, ni tampoco una simple afirmación psicológica acerca de las motivaciones y la sinceridad del teórico. Es más bien una tesis sobre las relaciones materiales necesarias para el planteamiento de preguntas capaces de hacer avanzar la teoría marxista. En última instancia, es una tesis sobre las relaciones sociales que determinan la *responsabilidad* de los teóricos frente a determinados grupos políticos y de clase.

La responsabilidad implica que existen mecanismos reales que configuran la elección de preguntas y problemas a estudiar por el teórico, de tal forma que garantizan su relevancia para intereses específicos de clase. Los teóricos son responsables ante la burguesía en la medida en que tales mecanismos les fuerzan a definir la relevancia de su trabajo en función de su contribución a los intereses burgueses; son responsable ante la clase obrera en la medida en que están vinculados a mecanismos que configuran su trabajo en términos de su relevancia para los intereses de esta clase.²⁵

²⁴ Como en la anterior discusión sobre la relación teoría/práctica, la afirmación de que la relación del teórico con la práctica configura las cuestiones planteadas no debería entenderse como una afirmación de que la práctica política determina únicamente las cuestiones de la actividad teórica. Como han argumentado Althusser y otros, la estructura de una teoría (lo que Althusser llama la *problemática*) fija unos límites a las *posibles* cuestiones que puede plantear la teoría. Esto es, algunas cuestiones no pueden plantearse siquiera en el marco de una determinada teoría. Dentro de estos límites, no obstante, la relación entre el teórico y la práctica política puede tener un impacto decisivo en la configuración de la pregunta específica planteada. Pero obsérvese; los límites de las cuestiones posibles impuestos por la estructura de una teoría no son fijos, dado que una de las tareas de la producción teórica es precisamente la transformación del marco global de la propia teoría. En estos términos la práctica política —y, por tanto, la relación entre el teórico y la práctica política— puede introducir también el estímulo necesario para la transformación de la propia estructura de la teoría, además de plantear cuestiones específicas en el seno de esa estructura.

²⁵ La responsabilidad ante la clase obrera no significa simplemente responsabilidad ante los *trabajadores*. Particularmente en una sociedad en la que las luchas de la clase obrera han pasado, en gran medida, de ser luchas en torno a los intereses fundamenta-

Existe una decisiva asimetría entre las formas o mecanismos de responsabilidad de los teóricos ante la clase burguesa y ante la clase obrera en la sociedad capitalista. La responsabilidad ante la burguesía está incorporada de muchas maneras a la propia estructura de las relaciones institucionales de la sociedad capitalista. La omnipresencia de la ideología burguesa, la realidad inmediata de los sistemas de estatus y de los criterios de éxito, las relaciones competitivas de la producción intelectual, etc., contribuyen a vincular al teórico a los intereses de la burguesía. Más aún, directa e indirectamente estos mecanismos están respaldados por el poder del Estado. En situaciones extremas esto significa que el aparato represivo del Estado puede ser utilizado para imponer la responsabilidad de clase (por ejemplo, en el periodo de McCarthy); en situaciones menos extremas implica que el Estado utiliza sus recursos para respaldar los "mecanismos selectivos" que configuran la actividad de los teóricos (por ejemplo, el empleo en instituciones estatales, las becas de investigación, los procesos de titulación, etc.). Estos diversos mecanismos, tomados en conjunto, reflejan en parte que la burguesía es la "clase hegemónica"; las prácticas burguesas de clase tienen capacidad para definir sustancialmente la gama de cuestiones relevantes planteadas por los teóricos, aunque sean incapaces de crear un consenso ideológico sobre las respuestas.

La responsabilidad ante la clase obrera, por otra parte, tiene que ser constantemente producida a través de una resistencia colectiva y organizada a la dominación capitalista. La responsabilidad ante la burguesía es, en muchos sentidos, espontánea en el seno de la sociedad capitalista; *la responsabilidad ante la clase obrera tan sólo puede ser una responsabilidad consciente*. Al hablar de la responsabilidad de los intelectuales marxistas ante la clase obrera en el seno de una sociedad capitalista, por tanto, existe un sentido en el que esa responsabilidad es, al menos en parte, una *responsabilidad autoimpuesta*; es decir, procede de la decisión de participar en las prácticas de clase de forma que se produzca esta responsabilidad.²⁶

les a ser luchas en torno a los intereses inmediatos, la responsabilidad ante los trabajadores como tales no puede ofrecer la base material para garantizar que las preguntas planteadas por los teóricos marxistas sirvan a los intereses fundamentales de la clase obrera. La responsabilidad, por tanto, ha de ser ante la práctica política e ideológica de la clase obrera, no sólo ante los trabajadores como tales.

²⁶ Mientras que sería idealista suponer que por un simple acto de voluntad un teórico puede producir algo al servicio de los intereses de la clase obrera, no es idealista argumentar que los teóricos pueden optar por enraizarse en una estructura de re-

Por esta razón esta responsabilidad es *siempre* problemática. Las instituciones dominantes de la sociedad capitalista ejercen presiones constantes sobre los teóricos, incluyendo a los teóricos marxistas, para que planteen sus preguntas en términos de prácticas burguesas. En ausencia de una contrarresponsabilidad basada en vínculos reales con las prácticas de la clase obrera, resulta muy difícil para un teórico resistir a tales presiones. Esto no quiere decir que tan sólo a través de la participación directa en las barricadas se puedan plantear cuestiones marxistas serias, pero sí que cuanto mayor sea la distancia entre el teórico y las luchas reales de la clase obrera tanto más difícil será que el teórico en cuestión pueda ser responsable ante la clase obrera en las cuestiones que se plantee.

Cuando la relación del teórico con la práctica se interpreta como una relación de responsabilidad de clase, está claro que debe ser considerada como una relación *variable*, no absoluta. Los teóricos marxistas pueden ser más o menos responsables ante la clase obrera. De hecho podemos hacer una afirmación aún más fuerte: bajo diferentes condiciones históricas los teóricos pueden tener que enfrentarse a diferentes posibilidades objetivas de responsabilidad ante la clase obrera. En presencia de una clase obrera políticamente consciente y bien organizada, con partidos revolucionarios fuertes enraizados en las masas, es posible un nivel mucho mayor de responsabilidad ante la clase obrera, como *clase*, que cuando las formas dominantes de la práctica de la clase obrera son partidos reformistas, sindicatos u otros movimientos sociales. La participación en tales movimientos puede proporcionar vínculos reales con la clase obrera, y éstos siguen siendo esenciales para contrarrestar la responsabilidad ante la clase dominante. No obstante precisamente debido a que tales movimientos tienden a estar organizados en torno a los intereses inmediatos de la clase obrera, suponen un mecanismo mucho menos efectivo para asegurar que el trabajo teórico esté dirigido hacia los intereses fundamentales de esa clase. Siempre es importante para los teóricos marxistas estar vinculados a las prácticas de clase del proletariado de un modo u otro, pero las formas posibles de tal vinculación, y su

laciones sociales que puede tener el efecto sobre el teórico de hacer posible la producción de tal teoría. Un teórico puede optar por vincularse a la clase obrera en una forma que establezca las condiciones de su responsabilidad y que haga posible así una teorización marxista continuada. En este sentido la responsabilidad y que haga posible así una teorización marxista continuada. En este sentido la responsabilidad es parcialmente una autoimposición: requiere una elección activa por parte del teórico. La «opción de no optar»; dado que el trabajo teórico se realiza en el seno de una sociedad capitalista, supone responsabilidad ante la clase dominante,

efectividad para influenciar el trabajo del teórico, varían con las condiciones históricas.

3. *La dialéctica teórico/teoría*. La producción de teoría no es simplemente una consecuencia de un compromiso real en luchas por cambiar el mundo; es también consecuencia de un compromiso con la propia teoría. El subtítulo del más importante trabajo teórico de Marx, *El Capital*, es “crítica de la economía política”. Marx no utilizó como subtítulo “crítica de la sociedad burguesa” o “crítica del modo de producción capitalista”, sino “crítica de la *economía política*”. Al hacerlo subrayó que la elaboración de teorías es un proceso de transformación —“crítica”— de las teorías existentes, así como un proceso de interpretación del mundo (para transformarlo).

¿Qué papel específico desempeña el compromiso con la teoría en la producción de teoría marxista? Esquemáticamente podemos decir que si la relación entre el teórico y la práctica suministra la base social crítica para las preguntas que se formulan, y si la relación entre la teoría y la práctica nos da las condiciones históricas de las respuestas obtenidas, la relación entre el teórico y la teoría proporciona las condiciones para la producción de los *conceptos* (herramientas teóricas) necesarios para generar esas nuevas respuestas a partir de esas cuestiones. A esto es a lo que en parte se refiere Marx al hablar del proceso de la “crítica” en sí: es un proceso por medio del cual se producen nuevos conceptos a través de una valoración y una crítica de los conceptos teóricos existentes. En este caso la economía política.

Si la crítica es el proceso por medio del cual se producen nuevos conceptos, entonces la elaboración y la reconstrucción de la teoría marxista dependen no solamente de las relaciones sociales que aportan el eslabón que vincula a los teóricos con la práctica política, sino también de las relaciones sociales que aportan el eslabón entre los teóricos y la teoría. En términos de la dialéctica teórico/teoría, el desarrollo del marxismo como teoría científica requiere unas relaciones sociales que estimulen un debate libre y abierto sobre cuestiones teóricas, que proporcionen a la gente una comprensión profunda y completa de la teoría marxista existente, que hagan posible un compromiso ideológico fuerte con el socialismo junto con un compromiso no dogmático con el marxismo, etc. En ausencia de relaciones sociales que produzcan estos efectos, los teóricos tienen pocas probabilidades de desarrollar los instrumentos conceptuales necesarios para abordar seriamente las cuestiones planteadas por la práctica. La historia puede ofrecer materia prima para nuevas respuestas, pero en ausencia de conceptos adecuados el teórico puede

verse incapacitado para apropiarse esta historia en la forma de nuevos conocimientos.

La posición de clase de los intelectuales y la relación entre teoría y práctica

Lo dicho hasta el momento puede resumirse de la siguiente manera; dado que la teoría desempeña un papel tan importante en la conformación de la práctica política socialista, es importante comprender las condiciones necesarios para la producción y la reconstrucción de la propia teoría. Se han elaborado tres grupos de condiciones: en primer lugar, la relación *del teórico con la práctica política* da forma a las preguntas que se plantea el teórico; en segundo lugar, la relación *entre el teórico y la teoría* da forma a la elaboración de *conceptos* necesarios para responder a esas preguntas; en tercer lugar, la relación *entre la teoría y la práctica* determina la medida en la que las condiciones históricas permiten el descubrimiento de nuevas respuestas.²⁷

Volvamos ahora al problema de la posición de clase de los intelectuales. Tomaré como caso particular el problema de los intelectuales marxistas situados en el seno de las universidades burguesas, aunque gran parte del análisis subsiguiente sería válido para otras categorías de intelectuales marxistas. He elegido centrarme en los profesores universitarios marxistas porque los marxistas en el seno de las universidades han desempeñado un papel particularmente importante en el desarrollo de la teoría marxista en los Estados Unidos y Europa occidental a lo largo de los últimos cincuenta años, y porque constituyen la categoría de intelectuales marxistas que más conozco. La cuestión, entonces, es ésta. ¿En qué forma configura la compleja posición de clase de los profesores universitarios marxistas —su posición contradictoria entre la pequeña burguesía y la clase obrera a nivel económico y su posición contradictoria entre la

²⁷ Este argumento puede ilustrarse bien a través del propio trabajo de Marx. Los avances teóricos presentes en una obra como *La guerra civil en Francia* reflejan claramente estas tres relaciones. Si Marx no hubiera tenido una relación continuada con el movimiento obrero internacional no habría podido plantearse cuestiones sobre la forma del poder del Estado proletario en una revolución socialista, sobre la relación ante la estructura del Estado burgués y la reproducción de la dominación burguesa, etc. Si no hubiera estado dedicado a una sistemática y continuada crítica de las teorías existentes, habría carecido de los conceptos necesarios para plantear *teóricamente* tales cuestiones y estudiar los sucesos en Francia de una forma que hiciera posible el responder a esas cuestiones. Y si la práctica real de la clase obrera parisiense no hubiera destrozado por breve tiempo la estructura de la dominación burguesa con la Comuna de París, Marx no hubiera podido dar respuestas históricas reales a estas preguntas.

burguesía y la clase obrera a nivel ideológico— su capacidad para mediar su relación entre la teoría y la práctica? O, planteando el problema en los términos expuestos antes, ¿cómo afecta el carácter contradictorio de su posición en el seno de las relaciones de clase a la relación del teórico con la práctica y del teórico con la teoría?

En primer lugar, veamos el problema de la relación entre el teórico y la práctica. El problema fundamental aquí, como dijimos anteriormente, es el problema de la responsabilidad de clase, particularmente en términos de las cuestiones planteadas por el teórico. Los teóricos marxistas que pertenecen a universidades burguesas están sometidos a tremendas presiones para plantear preguntas estructuradas por la problemática burguesa, por las prácticas ideológicas y políticas burguesas. Tales presiones son a menudo extremadamente directas, tomando la forma de criterios de selección, listas negras, hostigamiento, etc. Pero a menudo las presiones son bastante sutiles, planteándose a través de los debates intelectuales en el seno de las conferencias y revistas profesionales. Para publicar en las revistas adecuadas es preciso plantear cuestiones que las publicaciones en cuestión consideren relevantes, y esa relevancia viene determinada no por la importancia de las cuestiones para el marxismo o para la práctica revolucionaria de la clase obrera, sino por su referencia a los dilemas y problemas propios de las ciencias sociales burguesas. Así, la necesidad de sobrevivir en el seno de la universidad fuerza al teórico a una relación de responsabilidad al menos parcial ante las prácticas de clase burguesas.

No obstante, el teórico puede ser simultáneamente responsable ante la clase obrera. Los teóricos marxistas no publican exclusivamente en revistas burguesas: también publican en revistas y publicaciones socialistas y comunistas. No se limitan a asistir a conferencias profesionales, donde el debate se ve estructurado en torno a las preocupaciones de la práctica ideológica burguesa; asisten también a mítines y conferencias donde las cuestiones están estructuradas por prácticas muy diferentes. No están atados tan sólo a la burguesía por su situación en el seno de la estructura universitaria; pueden estar vinculados directamente a la clase obrera por su situación en el seno de una estructura de partido o por su participación en varios tipos de movimiento sociales. A través de todos estos procesos, las cuestiones planteadas por el teórico son sometidas a una valoración y responsabilización crítica por fuerzas sociales opuestas a la dominación burguesa.

De entre estos diversos modos de responsabilización ante la clase obrera el más importante históricamente ha sido la pertenencia o asociación de clase a partidos políticos de la clase obrera, en particu-

lar diversos partidos comunistas. En ciertos países de Europa occidental, especialmente, tales partidos han suministrado el vehículo entre los intelectuales marxistas y la clase obrera. Este eslabón, no obstante, fue forjado a un elevado precio, dado que, si bien pueden haber suministrado una base para un cierto nivel de responsabilización de clase, las estructuras internas de la mayor parte de los partidos comunistas no han sido en general favorables a un compromiso serio de los teóricos con la teoría. En particular, la existencia de líneas de partido sobre cuestiones teórico-científicas, sobre cuestiones acerca de las explicaciones científicamente correctas del mundo, han impuesto limitaciones reales a la práctica de la crítica.²⁸ Una cosa es insistir en la aceptación disciplinada de las opciones políticas estratégicas de un partido (asumiendo que tal elección se haga a través de un proceso de debate político genuinamente democrático), y otra insistir en la aceptación disciplinada de explicaciones científicas “correctas” sobre la vida social.²⁹ Si bien la existencia de tales líneas de partido puede ser comprensible dadas las severas condiciones de lucha ideológica a las que se han enfrentado los partidos comunistas (y la Unión Soviética), no obstante la imposición de tal disciplina sobre la teoría mina sistemáticamente la capacidad de los intelectuales en el seno de tales estructuras de partido para producir y transformar conceptos.³⁰

²⁸ Al decir “línea de partido” me refiero no solamente a que los partidos adoptan posiciones sobre cuestiones de teoría e interpretación, sino a que exigen disciplina colectiva por parte de sus miembros respecto a esas posiciones. Cuando el marxismo como marco teórico se convierte en una cuestión de disciplina de partido, su función como teoría científica se ve seriamente perjudicada, aunque su función como teoría ideológica pueda verse de hecho reforzada.

²⁹ Con esto no pretendemos sugerir que las cuestiones “teóricas” y “políticas” puedan separarse totalmente. Claramente una línea política está basada en una cierta perspectiva teórica, y así las opciones estratégicas adoptadas por un partido implican también un determinado conjunto de opciones teóricas. No obstante, la imposición de una disciplina colectiva sobre las opciones políticas tiene implicaciones muy diferentes a las de la imposición de una disciplina sobre la teoría científica utilizada para justificar tales opciones.

³⁰ Este argumento no implica que sea imposible producir y transformar la teoría en el seno de los partidos leninistas tradicionales, sino meramente que el proceso de innovación teórica se ve impedido cuando un partido impone disciplina sobre las cuestiones científicas. Tales impedimentos operan obviamente de forma mucho más débil sobre los cuadros dirigentes del vértice de la estructura organizativa, y ésta es una de las razones por las que la innovación teórica ha tendido a ser una actividad de los altos cargos más que de los cuadros medios y de la base.

Los teóricos marxistas se han visto, por tanto, enfrentados a menudo con un dilema: las condiciones que maximizan su vinculación a la clase obrera no han sido en general unas condiciones que maximizaran su capacidad para el trabajo crítico en la teoría.³¹ Una de las respuestas a este dilema ha sido la emergencia de una tradición de práctica teórica marxista en el seno de las universidades burguesas, tradición muy destacable en Europa occidental, pero más recientemente también en los Estados Unidos.

La posibilidad de que se desarrolle el marxismo en el seno de las universidades burguesas es consecuencia del carácter contradictorio de la posición de clase de los intelectuales. Si bien la posición de clase contradictoria de los profesores universitarios marxistas entre la burguesía y la clase obrera, a nivel ideológico, genera presiones contradictorias de responsabilización, la posición contradictoria del teórico universitario entre la clase obrera y la pequeña burguesía crea la posibilidad de una actividad teórica crítica continuada. El carácter semiautónomo de la mayor parte de la producción intelectual implica que los teóricos mantienen cierto control real sobre las condiciones inmediatas de producción teórica, y mientras se vean preservados tales "privilegios" (control sobre las condiciones inmediatas de producción) existirá cierto espacio para la dialéctica teórico/teoría.

Este argumento no implica en absoluto que se deban proteger los privilegios a nivel de *ingresos* de los profesores universitarios. Las cuestiones decisivas son la seguridad en el empleo, el control sobre el propio trabajo, las obligaciones de éste, la existencia de censura, etc. No puede darse una producción teórica seria bajo unas condiciones en las que el teórico se ve totalmente proletarizado en el seno de las relaciones de producción de la producción intelectual. Las luchas defensivas contra la proletarización en el seno de la universidad, por tanto, son importantes para mantener la simple posibilidad de producir teoría marxista en la universidad burguesa (es decir, de ocu-

³¹ En su obra *Considerations on Western Marxism* (Londres, NLB, 1975) [*Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid, Siglo XXI, 1979], Perry Anderson discute muy extensamente este dilema con el que se encaran los intelectuales marxistas. A lo largo de la mayor parte del período posterior a la década de los veinte, la única forma efectiva en la que los intelectuales marxistas podían estar ligados sistemáticamente a las prácticas políticas de la clase obrera era a través de los partidos de la III Internacional, y no obstante la pertenencia a estos partidos comunistas actuaba como un serio freno sobre su capacidad para producir y transformar críticamente la teoría. La aparición del marxismo académico fue uno de los resultados de este dilema.

parse en la producción crítica de teoría). Esto no implica, por supuesto, que la teoría marxista *sólo* pueda producirse en el seno de las universidades, pero sí implica que en la medida en que deba producirse dentro de la universidad la posición contradictoria de clase de los profesores universitarios debe mantenerse.³²

El mantenimiento de las condiciones necesarias para la producción teórica marxista en el seno de la universidad, no obstante, se ha obtenido habitualmente a un elevado costo político: el aislamiento relativo de los teóricos marxistas respecto a la clase obrera. Así, aunque la posición contradictoria de los profesores hace posible el desarrollo del marxismo en el seno de la universidad, tiende simultáneamente a desplazar las cuestiones planteadas por los universitarios marxistas del problema político central de cómo *hacer* una revolución.

Replantando este dilema en términos de nuestro análisis de teoría y práctica: en las condiciones históricas de la lucha de clases en Europa occidental y los Estados Unidos, durante el último medio siglo, ha tendido a establecerse una contradicción entre las condiciones más favorables para la dialéctica teoría/ práctica y las más favorables para la dialéctica teórico/teoría. Esta es una contradicción real, que no puede ser ignorada por un simple "acto de voluntad" por parte de los teóricos marxistas como individuos. La propia contradicción sólo puede ser cambiada por medio de prácticas colectivas que modifiquen las condiciones en el seno de las cuales trabajan los teóricos marxistas, haciendo posibles nuevas formas de vinculación entre los intelectuales y la clase obrera.

³² Este argumento acerca de las condiciones para la producción de teoría marxista en el seno de las universidades burguesas no implica que en una universidad revolucionaria y socialista la producción pequeñoburguesa de la teoría vaya a depender de la preservación de las relaciones de producción pequeñoburguesas (posiciones de clase semiautónomas) en el seno de la producción intelectual. Si bien siempre resulta arriesgado especular acerca de la naturaleza de las relaciones sociales en una sociedad socialista, se podría esperar que la autonomía *individual* relativa de la actividad intelectual característica de la universidad burguesa liberal se vería reemplazada, o al menos complementada, por nuevas formas de autonomía *colectiva*, de producción teórica colectivamente organizada.

